Vicente Dávila

JACULATORIAS

Imp. Bolivar.-Caracas, Venezuela.-1919

PROLOGO

Este libro, devoto y galante, es una joya ambigua: prenda de amor pagano y de piedad católica: algo así como sarta de perlas, a la vez rosario y collar, que adornaría con gracia idéntica en horas de amorosos deliquios, para contento y gloria del amante humano o divino, el blanco cuello voluptuoso de una Margarita de Valois o la virgínea mano ardiente de una Teresa de Jesús.

¿Nos extrañará esta mezcla de lo profano con lo santo? No es insólito que las mujeres guarden cartas de amores entre las páginas del devocionario o sagradas reliquias bajo las tibias sedas del corsé tentador.

Uno de los misterios psicológicos que más nos conturban es la íntima unión del misticismo y la sensualidad en las almas selectas. San Pablo, corazón de fuego, inteligencia de ángel, apóstol de la Cruz, asceta y virgen, se queja a gritos del estímulo de la carne que le acosa violento y tenaz. San Francisco, el seráfico, para dominar su turbación en presencia de una mujer hermosa, se arroja sobre espinas que le desgarran y ensangrientan. San Juan, el Crisóstomo, confiesa que su corazón "se extremecía" cada vez que

se encontraba en las calles de Constantinopla con alguna de esas soberbias hijas de Eva que todo lo avasallan. A fe de los hagiógrafos, Santa Catalina de Sena, Santa Rosa de Lima, casi todas las Santas vírgenes, con hondo espanto de sus almas castísimas, sentíanse presas de carnales ardores a la vista del Esposo crucificado, blanco y bermejo, fruto dulcísimo de amor, maduro y péndulo, en el árbol doliente del nuevo Paraíso; y hasta en la unión eucarística, con las mejillas encendidas y palpitante el pecho, solían padecer, aterradas por involuntarias sensaciones, deliquios inefables.

En ninguna otra parte el diente impío de la lujuria muerde al alma con tan cruda saña como en el yermo y en el claustro. Nunca visitaron la muelle alcoba del patricio romano visiones tan diabólicamente lúbricas como las que atormentaron a San Antonio en su caverna y a San Jerónimo en su gruta. Las pasiones de Fray Hernando, tan magistralmente expresadas por José Asunción Silva en su "Don Juan de Covadonga" arden siempre bajo las cenizas del hogar religioso. Rancé hizo echar fuera las palomas que poblaban con sus arrullos el huerto de la Trapa, donde solían pasearse, en silencio, los monjes.

El Cantar de los Cantares, poema erótico el más intenso de cuantos se han escrito y se escribirán hasta la consumación de los siglos, y donde se exalta el amor divino en la forma del amor humano, es tenido por la Iglesia Católica como libro sagrado, inspirado por Dios a Salomón que, acaso por ser el más sabio, fué también el más místico y el más sensual de los hombres. Libro todo él lleno de de perfumes, de caricias, de besos, de suspiros, de ayes, de desfa-

llecimientos y espasmos de amor: profundo símbolo del gozo infinito del alma en su unión mística con el divino Esposo.

Entre los innumerables comentarios que se han hecho, durante treinta siglos, de este sublime epitalamio, sin duda el más perfecto es el de San Juan de la Cruz. En efecto: nada más hondamente místico y a la vez nada más intensamente sensual que La noche obscura *del santo carmelita. Sus páginas huelen a incienso y a mandrágora. En la sombra del regio tálamo la esposa "negra pero hermosa" se desmaya de amores: y un reguero de estrellas fecunda el vientre de la noche inmensa. Es el fiat genésico de la vida futura, de la vida divina, simbolizado en el inefable misterio de la conjunción sexual.*

El conflicto que existe entre los anhelos del alma y los apetitos del cuerpo no puede explicarse sino por el dogma cristiano del pecado original, que torció los instintos naturales del hombre, rompió en el ser humano la armonía entre el espíritu y la carne y tornó malo lo que Dios hizo bueno.

Desde luego, el autor de "Jaculatorias" no se interna en tales honduras. Su libro no es un tratado de teología mística sino gentil ritual de devota galantería. Dedicado a las damas, contiene en flor la savia de la cruz. Es un ramo de flores místicas, cortadas en los prados de la leyenda, para obsequio de la hermosura. ¿Lo inculpará de paganismo la censura farisaica?..... También entre los lirios y las rosas del jardín monacal florece el mirto griego, amado de Afrodita.

No encuentro mal en que nuestro lírico hagió-

grafo ruege a los Santos que le sean propicios para con el corazón de la Amada. Ellos también saben de amores y protegen los afectos puros, que Dios bendice. San Francisco de Sales, con su pluma de miel y oro, redactaba cartas de amor para la novia de su secretario.—"Esto es, hijo mío, lo que habéis de decirle."

Tenía yo catorce años cuando amé por vez primera. Ella apenas contaba once. Nada más inocente que aquel amor de niño. La Catira—así la llamaban familiarmente—sabía muy bien que la adoraba, aunque yo nunca se lo dije, a pesar de la intimidad en que vivíamos. Y en mi pura fe de adolescente, todas las noches, antes de acostarme, dirigía a la imagen de la Virgen esta ferviente súplica: ¡Virgen Santísima, haz que Ella me quiera!

Pero mis jaculatorias se perdieron, con mis ensueños juveniles, en el lejano azul del cielo. Nos separó el destino: pasó el tiempo.... Yo me hice sacerdote. Ella fué esposa y madre... y ya duerme en la tumba, cerca de los senderos que tantas veces recorrimos juntos, de niños, cogiendo cundeamores que ella mordía, riendo, y que al desgarrarse parecían corazoncitos de oro vertiendo sangre.

CARLOS BORGES.

OFRENDA

Luego de terminar la aventura por campos de Montiel a estilo del Ilustre Manchego; y en amarguras el ánimo a causa del desencanto, tuvimos de enfrascarnos en libros de santidad para en ellos mitigar la pena.

Y fueron las riberas del Pamplonita adonde llegamos, no al acaso, sino impulsados fuertemente por atávicas tendencias de andariegos.

¡Qué de atracciones han tenido para nosotros esas fértiles comarcas de los antiguos Cúcutas!

Por allí pasaron en son de conquista los Capitanes fundadores y pobladores Ortún Velázquez de Velasco y su hijo Juan, Pedro García de Gaviria, Juan Félix Jimeno de Bohorques, Alonso Dávila y Rojas, Don Diego de la Peña y Don Andrés de Mesa Cortés, nuestros abuelos.

Y más tarde, el año de 1775, Don José Antonio Dávila y Uzcátegui cuando fué llevado preso a Santafé por achaques de insurrección en Mérida; el de 1814, debido al éxodo de los Republicanos merideños a la Nueva Granada, tocóle el turno a Don Gabriel Dávila y Ribera; su hijo, Don José Vicente

Dávila Nucete, vino a la vida en ese viacrucis de expatriación.

Su descendiente, Don Antonio Ig. Dávila Nucete, nuestro padre, también se halló, por disensiones políticas en 1885 y 86, de huésped en las mismas regiones.

Tal la causa de haberse escrito la mayor parte de estas páginas en la Ciudad de los Almendros, ¡húmedos de las brisas del poético Pamplonita!

Si hay en ellas buenos propósitos, nacieron al calor de las piadosas lecturas. ¡Que los dioses no sean propicios en su perseverancia!

Hoy, a semejanza de un manojo de rosas de martirio y santidad, atadas con mundanos lazos, presentamos estas "Jaculatorias" cual un romero, que cuelga su exvoto en el altar de su creencia, en homenaje a la mujer, ¡cómo que de sus solas manos nos han venido los goces de la vida!

VICENTE DAVILA.

Caracas, Venezuela, Marzo de 1919.

I

EL ESTILITA

En los primeros siglos del cristianismo el fervor de aquellos iluminados de la gracia excedió a todo humano martirio, y los tormentos, aun los más crueles, se tuvieron en poco para el flagelo del cuerpo pecador.

En esa falange de obreros del espíritu, entre esos hermanos de los filósofos antiguos, ninguno más osado en los medios de tortura, ninguno más ingenioso en el cilicio corporal, y ninguno más sutil en purificar, a fuerza de oración y de piedad, el vaso de la carne, como aquel Simeón El Estilita.

Nació en Siria, Asia-Menor, por los años 392.

Tenía 13 años cuando la predicación del Sermón de la Montaña por elocuente orador, despertando en él lo que llevaba de místico y sagrado, corrió al desierto a comenzar su vida penitente.

El monasterio se escandalizó con los tormentos extremos del torturado de la fe, y pronto dejó el claustro.

Buscó la cumbre de un monte, en donde se fabricó un pequeño círculo de cal y canto, sin techo y sin abrigo, a fin de que la inclemencia de las estaciones calmase la sed de martirios y expiaciones que devoraba su alma atormentada.

Agregó gruesa cadena al pie, cosa que le obligaba a no abandonar el sitio que la intemperie completó con rachas de nieve y rayos de quemante sol.

No contento con este género de tortura, imaginó una columna de cuatro pies de altura y sobre ella pasó unos cuantos meses.

Pronto la abandonó por una nueva de seis varas de alto, en cuyo plano superior duró diez años.

Una tercera vino de once varas y en ésta permaneció catorce años; y por último, en otra de veintiuna varas terminó sus días.

La base superior de estas columnas era de un diámetro de cuatro pies, circundada por un parapeto que daba a la cintura del penitente, de tal modo que tenía de permanecer de pies, de hinojos o recostado al pretil.

Sobre su cabeza el cielo; y a sus plantas una multitud que había atraído de todas las naciones la fama de este varón de martirio y piedad tan singulares, que llenaba el siglo con su nombre.

Aun este nuevo martirio en sus últimos días lo exageró, permaneciendo sobre un pie, como aquellos flamencos que se miran a orillas de los estanques des-

cansando sobre una extremidad. Esto le aumentó las mortificaciones corporales.

Cuentan que la multitud, sedienta del agua de la gracia y hambrienta del pan del milagro, se sucedía alrededor de El Estilita formando un pueblo en romería piadosa.

Y fueron cuarenta y siete mortales años el tiempo que permaneció este hombre singular sobre su columna, semejando una plegaria hecha espíritu en vaso corporal que lentamente se iba extinguiendo.

De sus labios caían palabras de amor y de consuelo que fortalecidas con su ejemplo, llegaban al corazón de los desolados con alientos de vida.

Hoy se ve el mismo hecho, de tantas sombras y visos leyendarios, cuando se visita la Gruta de Lourdes. La multitud acude presurosa a la fuente del milagro, y allí encuentra la clave del misterio después que la ciencia dijo su última palabra.

El nombre de El Estilita, llamado así por su columna que semeja el *Stilus* de los Griegos, ha pasado a la Historia con toda la rareza y originalidad que caracteriza la vida del siriaco Simeón.

Hay crispatura de nervios al pensar en la sola posibilidad de permanencia de medio siglo sobre un lugar estrecho, elevado, al descubierto, y siempre en oración; predicando a las muchedumbres y en suplicio de tormentos y torturas.

Este género de martirio hace pensar en la vida regalada de los habitantes de la antigua Síbaris, que también fundaron escuela. Una vez decía un Sibarita: "no me fué posible conciliar anoche el sueño, porque un pétalo de rosa caído sobre la sábana del lecho me mortificó en demasía."

Cavilando en las horas en que tú ocupas más el pensamiento, se encuentra un símil real en la vida de El Estilita con la pasional de los mortales.

Es que para hacerse digno de ese dios que tan bien sabe recompensar a sus creyentes, es preciso levantar sobre el corazón columna formada de cariño, de sacrificios generosos, de piedad y de perdón, y sobre ella, nuevo Estilita, colocar la imagen de quien tortura, a fin de purificar en la vida del amor la arcilla pecadora.

JACULATORIA:

¡Concede, oh Dios Amor, al mortal que te invoca de hinojos, sobre columna que el afecto levantó canto a canto en el pecho de la mujer, sea siempre oficiante en tus altares!

Y como para entrar en tu recinto es menester purificarse, ¡haz que el labio de la mujer, piscina probática de las prevaricaciones amorosas del hombre, purifique en sus lustrales aguas las faltas del suplicante después de sus caídas! Amén.

Cúcuta, Agosto de 1914.

II

LA ANGELICA

El hada del milagro tejió en el estambre de la vida de Santa Rita de Casia, los legendarios prodigios que se cuentan de esta hermosa de Umbría, desde antes de venir al mundo.

Sus padres eran ancianos cuando a fuerza de oración consiguieron este brote de amor tardío; vino a la vida sin que el dolor, fruto de maldición paradisíaca, desgarrase las entrañas maternales; y siendo niña, allá en la cuna, enjambres de abejas entraban en su boca dejando al salir la miel de sus panales.

La originalidad inspirada en su nombre Rita, que significa recto, fué un símbolo de su vida ejemplar en la rectitud de sus deberes.

Cuando llegó el tiempo convenido por sus padres para su matrimonio entró en él.

Tuvo por marido, como Santa Mónica, un hombre dado a la cólera y a la incontinencia.

Armada de paciencia y santidad, escudo defensivo de la mujer piadosa, soportó Rita la deshecha

tempestad de golpes, injurias y reproches que durante doce años, cayó consecutivamente sobre su faz y espaldas mortificadas.

Al cabo de esta penosa prueba triunfó la santidad de la esposa; y en su hogar la calma sucedió a las borrascas de cólera y a las incontinencias del marido.

Vino luego la muerte trágica de éste, y entonces se consagró por entero al cuidado de sus hijos.

Pronto murieron éstos y una vez sola, la vida de claustro fué su anhelo.

Rita, patrona de las mujeres que tienen por maridos hombres groseros y golpeadores, continuó en la viudez vida ejemplar y meritoria.

Llamó a las puertas del monasterio que había en Casia, y fué rechazada hasta por tres veces.

La tercera repulsa la hizo convertir su casa en claustro. Estando en oración, en medio del éxtasis, tuvo aparición de tres varones celestiales que conduciéndola por escarpada ruta, la dejaron dentro del monasterio de Casia a despecho de los cerrojos de puertas y ventanas.

Ante el hecho prodigioso tuvieron de aceptar a la que habían rechazado en varias ocasiones.

La vida de esta santa mujer enseña que en la consecución de sus propósitos, y una vez puesta de pies en la dificultad, nada la detuvo: fatigó la paciencia, agotó la tenacidad, y apeló, cuando necesario

fué, a la audacia del prodigio hasta que el triunfo coronó su intento.

Una vez en el claustro su vida de asceta fué aún más severa que en sus etapas anteriores.

El fuego divino abrasó de tal manera su corazón que en desmayos de amor y en deliquios de ternura, pasaba la mayor parte de las horas sobre las frías baldosas de su oratorio.

A pesar de haber sido esposa y madre permaneció casta; por eso sus contemporáneos le dieron el nombre de Angélica.

En uno de sus desmayos, fué tan intenso el deseo que tuvo de sentir sobre la frente la misma pena que el Salvador sintió, cuando la corona de espinas desgarró sus sienes, que al instante un vivo dolor, como aguda espina, taladró su frente; y en llaga incurable quedó para siempre convertido su deseo de tortura.

El tormento que cada día le ocasionó esta úlcera sostenida en estado canceroso por su anhelo de martirio, fué un prolongado padecer que purificó más aún la frágil envoltura que a fuerza de oración se consumía.

A medida que se hacía más espiritual, se presentaba al mundo como oráculo de la fe, pues su clara inteligencia comprendía mejor, a través del sufrimiento, las cosas que atañen al misterio.

En 1456, después de larga enfermedad, rindió la vida en brazos de su dios. El prodigio la siguió en

su última morada: cuentan que la úlcera, cerrada a tiempo de morir, brilló mucho después por entre las grietas de la tumba cual una estrella.

JACULATORIA:

¡Hermana en las dificultades! ¡Concede a quien te invoca la virtud de tu paciencia, para poder soportar injurias de cosas, de hombres y de dioses!

Que al tocar en ventanas de corazones y en puertas de fortuna, si en rechazo, hasta por nueve veces, contestasen dioses y mujeres, ¡alienta tú, Rita de Casia, el ánimo abatido!

Y en alas de tu aliento, y por sobre puertas y ventanas con cerrojos, como un teutón en asalto de fortaleza belga, corona la empresa de tu hermano en las dificultades.

Logrado el propósito graba en el dintel de la fortuna y la mujer la huella del suplicante, ¡cual esa espina de dolor que hirió tu frente de martirio! Amén.

Cúcuta, Setiembre de 1914.

III

EL HOSPITALARIO

En 1495, cuando Europa aplaudía al Genovés por su descubrimiento de América, nacía en Portugal un niño que, hortelano del huerto de caridad, vendimiaría más tarde frutos opimos de lágrimas y bendiciones de aquellos desheredados, a quien iba a ofrecer techo hospitalario, pan para su hambre, vestido a su desnudez, y un bálsamo que calmase su dolor.

Sus padres eran humildes pero de inclinación altruísta. Niño todavía siguió a un sacerdote que se hospedó en su hogar; luego viéndose abandonado, se hizo zagal y compañero de un pastor en la faena de los rebaños.

Cansado de la vida campestre, sentó plaza en las huestes de Carlos V que combatía a los Franceses. Más tarde por asuntos de disciplina militar estuvo sentenciado a la horca; le salvó la intercesión amistosa; vuelto de nuevo a la vida pastoril, pronto tuvo de abandonarla.

Muertos sus padres durante la ausencia y cansado de la mundana vida, salió en busca del martirio a tierra de Musulmanes y pasó al Africa. Allí con los cautivos inició su vocación piadosa.

De regreso a Gibraltar tuvo visión: Jesús se le apareció, y mostrándole una granada abierta con la Cruz en el fondo, le dijo: *Juan de Dios, Granada será tu Cruz.* De ahí adelante cambió su nombre de familia Juan de Robles por el de la visión.

Una vez dentro de la ciudad que el Darro y el Genil bañan con sus aguas, y bajo la influencia del predicador Juan de Avila, confirmó su vocación definitiva. Salió del templo dando de gritos y humedeciendo las baldosas de las calles con sus lágrimas; todo esto en tan completo desorden, que le tuvieron por un loco.

Pasada la crisis del arrepentimiento, el contrito Juan alquiló una casa en Granada y se dedicó, desde aquel instante, a recoger enfermos y pobres abandonados.

Fué el año de 1536 cuando se creó este primer establecimiento de caridad y se fundó La Orden de los Hospitalarios.

Juan se consagró con todo el esfuerzo de su alma a cuidar de los muchos enfermos que tenía, de tal modo, que en pocos años llegó a ser universal su nombre de fundador de Hospitales.

Su caridad inagotable socorría a familias vergonzantes, a doncellas abandonadas y aún a mujeres perdidas.

Todo lo hacía con las limosnas que diariamente imploraba el santo varón en la ciudad.

Cierto día, a tiempo de tender la mano para la demanda del óbolo piadoso, un disoluto levantó la suya dando una bofetada al hombre de la humildad; por toda respuesta le presentó la otra mejilla.

El torpe insultador quedó corrido y avergonzado.

Cuando en 1550 llegó el momento de entregar su espíritu al Creador, estaba definitivamente fundada La Hermandad de la Caridad; y al desaparecer Juan de Dios como mortal, dejó en la historia de su vida un símbolo viviente de la piedad humana, antorcha luminosa que ha venido incendiando los sentimientos altruístas de los que saben compadecer al desvalido.

Los visitantes de la Alhambra mora en Granada de Andalucía, también deben de conocer el Hospital de San Juan de Dios, el primero en su género, y construído el de 1552, dos años después de muerto el Santo.

Allí verán de hinojos con un Cristo en las manos, cubriéndole de lágrimas y besos, a semejanza de la pecadora arrepentida, al fundador de los Hospitales:

así terminó sus días. Los restos se veneran en la capilla del edificio.

Cuando se visitan lugares consagrados por la piedad y la grandeza, de quien supo inmolarse en servicio de la humanidad y en aras de generoso altruísmo, se siente el hombre herido en su habitual egoísmo, y comprende con dolor la infinita pequeñez de su alma y la inútil tarea de su vida y de su afán.

Y es en esos sitios, cuyo ambiente respirable embalsama el corazón, donde el viajero ofrece cultivar, en el campo agreste de sus luchas, flores propiciatorias al olvido de las ofensas, y frutos de consolación.

JACULATORIA:

¡Concede, hermano Juan, un rayo siquiera de tu antorcha hospitalaria, a fin de que se consiga la fundación de un sanatorio para los tuberculosos indigentes, que tanto ha menester la Patria de quien te implora!

Inspira tú, a los que puedan llevar a cabo el pensamiento generoso, la utilidad y el bien común que se desprende de la hospitalización de esos enfermos, cuya silueta amenazante cruza ciudades, pueblos y campiñas propagando su contagio.

Que tu nombre, ¡Juan de Dios el Hospitalario, proteja el sanatorio, cuando éste sea en la cumbre de la montaña una realidad consoladora! Amén.

IV

LA LIMEÑA

Semejante a Rita de Casia vino a la vida sin que el dolor hiriese el seno maternal.

Su nombre de Isabel trocado fué por el de Rosa a causa del prodigio: siendo aún de tres meses, un día vieron los que a su casa se acercaron que el rostro suyo semejaba fresca rosa.

Pequeñuela todavía la gracia que la inundaba dióle valor para soportar, cual filósofo estoico, las varias incisiones hechas por motivo de enfermedad.

Todas sus partes punto por punto de extremada belleza, fueron razón de pleito homenaje para el intento de los muchos pretendientes.

Hidalga de nacimiento, de gentil continente, y virtuosa asaz de suyo pasó por el mundo sin que éste pudiese ajar sus alas, ni manchar en punto alguno sus pétalos de rosa.

La repulsa que dió a la demanda conyugal motivada por haberse consagrado a su Jesús, irritó el

ánimo de sus padres hasta el punto de echarle encima los oficios de servidumbre.

Al fin se avinieron aquéllos con Rosa y ella triunfó en el empeño suyo.

Habiendo en Lima a esta sazón varias congregaciones religiosas, fué solicitada por algunas de ellas.

A tiempo que era esperada en un convento adonde se encaminaba, y donde tenían pensado dejarla mal su grado, hubo de entrar en una capilla donde en sazón le vino el milagro en su ayuda.

Una vez hincada de rodillas quedóse inmóvil. Nada bastó para levantarla; por donde se dieron a entender los que acudido hubieron, que debían respetar lo que Rosa había determinado de hacerse: religiosa de la tercera orden de Santo Domingo, como Catalina de Siena, de quien gustaba seguir sus pasos.

Este hecho milagroso dió al través con las importunas pretensiones de las comunidades limeñas.

En celda que se hizo al efecto en lo más apartado del huerto suyo, entregóse a solas a su vida de ascetismo.

Prohibido que le fué el azote con gruesa cadena, la ciñó luego hasta por tres veces a su cintura, unió sus extremos con candado, y haciendo perdidosa la llave de éste propónese que al encarnarse el cilicio en su blando cuerpo no se pudiese quitar de sobre ella.

Así se acrisolaba y quilataba en el martirio la

rosa más bella de los jardines peruvianos, en la tierra del sol padre de los Incas.

Tal vez solicitó, rogó, importunó de una criada suya que vapulase y ultrajase sus desnudas carnes; corona de estaño incrustada por de dentro en púas de metal, ceñía la frente hasta bañarse en sangre.

Y aun así no veía colmo el vacío de sus ansias de martirio.

En conversaciones con su dios oyó Rosa la voz de Jesús que la demandaba por esposa; y recibió de manos suyas el anillo de sus bodas.

Mas en esta alma toda pureza vínole la tentación a cuento.

Poseída a estilo de las antiguas posesas de Palestina de espíritus inmundos, sus palabras de amor se anegaron en aguas turbulentas, puesto que la amargura del corazón desbordóse en la copa de los labios.

Erase un torbellino de impurezas que surgía del fondo de sus entrañas, fermento de la carne insurrecta.

Al cabo de años de lucha desesperada triunfó el espíritu del bien sobre el espíritu del mal.

Y las rebeldías de los sentidos domeñadas fueron a impulso de paciente santidad.

Su palabra de consuelo y su óbolo de caridad no se hacían esperar donde era menester. Que puesto caso que forman parte de la piedad, y que hacen al propósito de la santidad, acudía Rosa a los menes-

terosos de Lima, y desgranaba sobre ellos sus bienes a manera de pétalos de rosa.

Nunca flor alguna del continente americano lució mejores galas, ni exhaló perfume de mayor exquisitez, ni se atavió de más bella primavera, que esta rosa del jardín limeño: especie de virgen inca ante su padre el sol, alentada por el espíritu del dios de los cristianos.

El año de 1677 cuando llegó el día que tuvo de morir era de hasta edad de 31 años.

Terminó sus días presa de dolores mortales: flor de sacrificio que sahumó sus pétalos en la pira del martirio para dar de perfume al holocausto.

JACULATORIA:

¡Rosa fragante de los jardines de egregios incas; que siendo conquistadores de un Imperio fueron a su vez, en hora menguada para ellos, conquistados por férreos españoles en nombre del Cristo y de la espada!

¡Hermoso brote de dos razas de guerreros! Concede al cuerpo de la amada la eficacia de tu cadena de martirio, de modo que sienta la pasión del suplicante, si de sentirla tiene, como sentías tú los eslabones incrustados en tus carnes cual zarpas de fiera.

Y cuando de acercarse tenga a la turgencia de sus senos, ¡efluvio turbador inunde los sentidos de quien te invoca, hasta caer embriagado en el regazo de ella olvidando así las penas de la vida! Amén.

V

LA PALERMITANA

Nació trayendo en sus venas sangre principesca de los Carlomagnos, los Rogers y los Enriques.

Todo cuanto la llenaba de esplendor en la corte siciliana, era motivo para ella de un mayor desasimiento de las cosas de la vida.

Como el orgullo, vanidad y ambiciones tenían a una vacíos los aposentos de su cabeza de mundanos deseos, tendían sus espíritus con ímpetu violento hacia el retiro y la oración.

Convencida que estaba Rosalía de que el cielo se gana, lo mismo que las conquistas de los hombres, a fuerza de brazos, "porque el cielo padece fuerza", partió al punto de concebido el intento adonde juzgó más fuerte la batalla.

Y allá en la cumbre del monte de Quisquinia, distante de Palermo, halló lo que inspirádole había en sus adentros la gracia de su dios: cueva estrecha de rocosos peñascos, que adornados a lo brutesco, pre-

sentaban refugio no para fieras, que han menester en sus cubiles de cierta holgura, sino para aquella delicada Palermitana, que en mística ansiedad ansiaba el tormento de sus sentidos, de tan ruda y original manera.

Entrado que hubo por la angosta puerta de la gruta, y tendida una por una sobre desnuda piedra que le sirvió de lecho, besaba el crucifijo que apretujaba contra el pecho; y tornaba a abrazarle otra vez y otra vez tornaba a ofrecerle la virginidad de su alma y de su cuerpo.

En aquella rocosa soledad donde no había ruido alguno de los hombres, y adonde las mismas fieras no llegaban; viviendo de yerbas y raíces, y en plenitud de extáticos transportes, fueron las nupcias de Rosalía con su divino esposo sobre desnuda piedra, que ella bien se sabía eran rosas de eucarística blancura la sábana que cubría el lecho, que era altar, que era tálamo, y que era sepulcro al mismo tiempo.

Causas que se ignoran la obligaron a abandonar la gruta del Quisquinia; fuese entonces al monte llamado Peregrino, quizá más áspero y fragoso que el primero.

En celda, formada como de intento, de las quebraduras de las peñas, y que le vino de molde al propósito de Rosalía, tanto más estrecha la entrada de la gruta cuanto más medroso era el aspecto de la

caverna, determinó la Santa de acabar dentro de ella con sus días.

El tiempo que pasó en íntimos coloquios con Jesús en el tálamo de amor de aquella gruta, húmeda del humor de sus paredes, y abrigada del calor pasional de Rosalía, ignorado fué para sus compatriotas los sicilianos.

Debió de morir, según se desprende de crónicas cristianas, abrazada al crucifijo, y consumida en ansias inextinguibles del amor divino.

Los Palermitanos perdieron las huellas de la Santa de Palermo por más de cuatro siglos, hasta que un día, estando en grave mengua la ciudad a causa de epidemia mortal, invocaron su nombre como por ensalmo, y al punto mismo acaeció el milagro: su enjuto cadáver, en abrazo estrecho con Jesús, y sin más túnica que hermosa cabellera, hallado fué en la cumbre cavernosa del monte Peregrino. (1)

Desde aquel punto la epidemia cesó, y la Palermitana continuó desde el año de 1624, que fué el de la invención de su cadáver, sirviendo de amparo y egida a sus compatriotas en días de público quebranto.

---

(1) *Este es un caso de telepatía frecuente en épocas de pública ansiedad.*

JACULATORIA:

¡Peregrina Palermitana, que en gruta solitaria del monte Peregrino consumiste tu espíritu y tu cuerpo en ardorosa pasión de nupcias místicas!

¡Acude al peregrino a fin de que en la gruta húmeda y tibia que tiene de encontrar en el monte Peregrino del amor, halle como tú, tálamo de nupcias siempre idealizadas y renovadas siempre; donde descansar pueda de la fatiga diaria y tomar aliento, en labios de mujer, hasta el final de la jornada! Amén.

VI

EL SOLITARIO

A fines del siglo IV vino a la vida Abraham, amante de la soledad y del silencio claustral, en el país oriental de la Mesopotamia.

Sus padres que disfrutaban cuantiosos bienes de fortuna, para distraerle de la vida religiosa a que aspiraba concertaron su enlace.

Una vez celebrado éste, y en la misma noche de sus bodas, desapareció del hogar; al cabo de varios días dieron con él en una cueva cerca de Edesa, su pueblo natal.

Ni súplicas, ni ruegos, ni amenazas de padres y esposa lograron disuadirle del noble propósito que tenía resuelto: quedarse definitivamente aislado y solitario en la cueva que convirtió en celda monacal.

Tapió la entrada de ésta dejando sólo una ventanilla por donde le entraban alimentos en ciertos y determinados días.

Todo lo que exigió de los suyos fué que no volviesen a importunarle con su presencia: para concluir allí su vida de asceta le bastaba la de su dios.

En su celda pasaba los días y las noches orando y en rigurosa penitencia. Del mundo le acompañaban una túnica para su desnudez, una escudilla para su alimento, y una estera de juncos para el menguado descanso que se permitía.

Se muró a los veinte años y permaneció en la celda cincuenta.

Solas dos veces rompió el idilio con la soledad: una, y eso por imposición del obispo de su patria, para convertir a un pueblo de idólatras; y otra, para arrancar del vicio a una prima suya que del desierto, donde se purificaba, había huído con mundano hombre. En ambas empresas salió vencedor. Después, nada ni nadie consiguió arrancarle de la vida contemplativa.

En el transcurso de medio siglo que duró su penitencia, San Abraham llegó, a fuerza de oración, abstinencia y cilicios, a transformar la arcilla pecadora de su cuerpo en una especie de hostia propiciatoria, que cada día ofrecía en holocausto incruento cual piadoso desagravio de las crueldades de los hombres sus hermanos.

Cuando se leen páginas de historia el pensamiento descansa de la fatiga del mal con estos ejem-

plos de varones abnegados, que supieron sacrificarse en aras de compensaciones generosas, a la manera de los lirios del valle y de los cirios de altar votivo, que se marchitan y consumen para alumbrar y embalsamar la nave de cristiano templo.

¿Acaso la vida de estos seres, hechos de piedad y sacrificio, no sirve de control en el balance de la humanidad cuando se liquidan los inmensos errores de los hombres?

Es de creerse que la vida de un asceta cual la de este Solitario, pesa tanto en la balanza de la equidad moral, que compensa las de los malvados que vivieron en su época.

Sucede en esto lo que con los genios: que piensan por los millones de hombres que dejan de pensar.

Después de muerto El Solitario allá en la celda, muchas generaciones, según las crónicas de Edesa, vieron brillar en noches de tormenta una luz fulgente y viva en el fondo de la gruta.

Era un girón desflecado de la túnica del Santo, cuya virtualidad para el milagro se perpetuó en etapas de siglos.

JACULATORIA:

¡Oh santo varón del silencio, que en celda de amor y sacrificio consagraste tu vida a la quietud del claustro!

¡Atiende a la súplica de quien ama la soledad y el silencio en clausura de mujer!

¡Deja caer de tu sayal de penitencia suave resplandor, que abrigue y que ilumine con su lumbre virtual la gruta apetecida!

Así no sentirá el suplicante, una vez dentro de ella, el frío del desamor, dándole tú de prestado el girón de tu leyenda, que por siglos alumbró tu celda de solitario. Amén.

VII

EL MANTUANO

En apremiante situación para la madre se presentó a la vida el Príncipe de Mantua; mas el voto que ella hizo resultó eficaz porque su hijo, desde tierna edad, se consagró a la virtud.

En la corte de Florencia a trueque de juegos infantiles tuvo resoluciones de hombre; y como la promesa materna fué fecunda, a los siete años se prometió no jugar juego alguno; a los nueve, hizo voto de perpetua castidad; y a la misma edad se impuso no mirar nunca más rostro de mujer.

Vuelto a la corte de Mantua, de donde le habían enviado sus padres creyendo alejarle sus ideas, pretextando ahora mala salud se retiró de ella: buscó refugio en la oración, el ayuno y el cilicio. A pesar de ser un niño se mortificó de tal manera, que las paredes de la celda salpicadas se vieron de su sangre.

El Marqués, su padre, le envió a la corte de

Felipe II. Allí puso en práctica su última resolución: meterse a religioso. Entró en la Compañía de Jesús.

Todo lo que humanamente puede hacerse para desviar a un joven de la vida religiosa, lo hicieron los padres de Luis de Gonzaga a fin de alejarle de su vocación definitiva.

Ni halagos, ni promesas, ni lágrimas, ni súplicas, ni enojos, nada capaz fué de que cejara en su empeño piadoso el Príncipe de Mantua.

Al cabo de estéril lucha cedieron los suyos, y Luis se entró en el noviciado cuando apenas tenía 18 años.

Una vez allí se excedió así mismo en el cumplimiento de sus deberes de jesuíta, llegando a tal extremo sus escrúpulos, que se castigó severamente la falta de haber mirado el rostro de un hermano suyo durante el noviciado.

Muerto para el mundo, olvidó por completo su patria y sus mayores.

Ninguna renunciación más definitiva ni más rotunda de las humanas cosas que la de Luis.

Como el superior le obligase a disminuir el fervor en la oración, a causa de los muchos dolores que le ocasionaba, encontró el remedio peor que la enfermedad: el esfuerzo que hacía para no pensar en su dios, era mayor que el mismo pensamiento.

Llegó a tal punto la mortificación de sus sentidos, que casi perdió el uso de ellos.

Sola la sensibilidad quedó vibrando en él; con frecuencia el rostro se le encendía al solo nombre de las cosas de su dios; igual sensación experimentaba ante el brillo de una estrella que al sentir el perfume de las flores.

Nunca las Mantuanas vieron en las orillas del Mincio un lirio ni de más exquisitez en sus pistilos, ni de pétalos más blancos que este humano lirio de santidad.

Jamás en sus lacustres aguas hubo cisne de mayor albura en su plumaje, que este mantuano cisne de eucarística piedad.

Y en parte alguna de los etruscos montes cruzó, durante la rudeza del invierno, armiño de nevada piel más limpio que este armiño, todo él de purísima blancura.

Ni siquiera la sombra de una impureza manchó los pétalos del lirio; ni efluvios del pecado consiguieron del cisne humedecer sus plumas; ni hubo estío pasional para tornar en parda la piel del blanco armiño. (1)

Todo él fué blancura: blanca la piel, y su alma

(1) *Sabido es que la estación estival trueca en parda la blancura del armiño.*

blanquísima también. Albos sus deseos, y sus pensamientos todos de blanca castidad.

Al tercer año de haber profesado en la Compañía de Jesús, y afligida Roma por la peste que la diezmó el de 1591, Luis se consagró por entero al socorro de los apestados.

A la cabecera de éstos semejaba blanca aparición calmando, con sus ungüentos y medicinas, la frente calenturienta de los enfermos.

La epidemia no lo perdonó; y toda Roma miró consternada el desmayo del lirio de Mantua en brazos de la muerte.

Magdalena de Pazzis vió en uno de sus éxtasis el vuelo del mantuano cisne a la eternidad.

Murió de solos 23 años.

JACULATORIA:

¡Ispira tú, oh blanco cisne del mantuano Mincio, víctima que fuiste de una peste igual en su infortunio a la que acaba de azotar a la ciudad de Santiago de León, a los hombres a quien atañe, a fin de que, tomando enseñanza en el flagelo de hoy, se aperciban de lo que han menester para el mañana!

¡Incúlcales tú, desde la cumbre del altruísmo cristiano donde moras, la necesidad de mejorar al proletario construyendo barrios para obreros, y edificios capaces donde puedan hospitalizarse los apes-

tados, cada vez que un nuevo azote hiera la ciudad del Avila!

No olvides, ¡oh Luis de Gonzaga!, esta petición del suplicante. Amén. (2)

Caracas, Diciembre de 1918.

(2) *El Gobierno de la República, con fecha 24 enero de 1919, decretó la construcción de un edificio en los alrededores de Caracas para hospitalizar a los apestados.*

VIII

LA PECADORA

A la muerte de sus padres tocó a ésta el Castillo de Magdalo a orillas del Tiberíades, y a Lázaro y Marta la posesión de Betania, cerca de Jerusalén.

Alma pagana, cuerpo hermoso, e inteligente para el placer. Sólo pensó en llevar vida de cortesana; y escándalo viviente que era, la apellidaron sus amigos La Pecadora de Galilea.

Por aquel tiempo pareció Jesús en la Judea. Lázaro y Marta, ya sus discípulos, suplicaban al Maestro por la conversión de Magdalena, la hermana licenciosa.

Lucha interior había en el corazón de ésta a causa del hastío ocasionado por el desorden de su vida.

Cuando supo que el Taumaturgo galileo predicaba en Cafarnaum, cerca de Magdalo, fué a él, y su palabra conmovió su corazón.

Espió ocasión oportuna para hacer pública su conversión, que pública era su vida de cortesana.

Estando Jesús en un banquete en casa de Simón el fariseo, corrió a él llevando vaso de alabastro rebosante en esencias de nardo: y allí, de hinojos, sin atreverse a mirar su rostro, lavó sus pies con lágrimas de arrepentimiento, y los enjugó con sus cabellos, enantes manojo de espigas voluptuosas en lecho de pecado; luego los ungió con ungüento de bálsamo y perfume, y por último los oreó con la esponja de sus labios.

El hecho original y atrevido de la entretenida de Magdalo, alarmó a Simón y a la concurrencia toda.

Como Jesús lo comprendiese dejó escapar la frase más bella que ha llegado a oídos de una pecadora: "levántate, mujer; porque has amado mucho, te perdono."

Y aquella boca que supo del panal de los deleites; y aquella esponja que en lecho de placer recogió efluvios del vicio; y aquella ánfora que rebosante en vino sensual calmó la sed de todos sus amantes se trocó, al contacto de la blanca piel del Nazareno, en rosal florecido de Magdalo, cuyas rosas deshojadas pétalo a pétalo sirvieron de alfombra para las plantas del divino galileo.

Desde ahí adelante por todos los caminos y ve-

redas que pasó Jesús, la Magdalena siguió sus huellas; y como el nuevo amante no era hombre de pasión mundana, ella, prendida de los ojos azules de su hermoso galileo, le enviaba sus deseos no extinguidos en forma de pétalos alados.

La pecadora tentó a Jesús; y éste, dominador de corazones, supo rechazarla sin ofenderla: *Noli me tangere*, contestó suavemente a la insinuación de la mujer.

Avergonzada con la respuesta ahogó todo el fermento de sus ansias, y en amor divino, superior a las pasiones de la carne, convirtió sus deseos de hembra voluptuosa.

Cuando llegó la hora del sacrificio sus discípulos huyeron. Solas dos mujeres acompañaron a Jesús desde el Pretorio hasta el Calvario: la madre y la Magdalena.

Al pie de la cruz, sobre el Cristo en desmayo cayó del sol que descendía un manojo de sus rayos, y cual túnica flotante cubrió la desnudez acardenalada del Maestro.

Era la rubia cabellera de María. Ninguna cabellera de mujer ha sido ni más hermosa ni ha tenido desempeños más humanos: túnica lujuriante en cuerpo pecador; toalla que enjugó lágrimas de amor de pecadora arrepentida; sábana que envolvió, al descender

del madero, el cuerpo ensangrentado del hombre-dios; y por último, sayal de martirio que en los desiertos de Judea o de Marsella, cubrió la desnudez de una penitente.

Ni aun después de muerto le abandonó María. Cuando los discípulos regresaron por haber encontrado el sepulcro ya vacío, ella se quedó en el huerto; y allí fué el primer testigo de la resurrección del Cristo.

En el regocijo de su alma, como tratase de acariciar las manos de su amigo, éste la rechazó de nuevo: *Noli me tangere*, porque soy tu dios, y subo a mi padre.

Y desde aquel momento comenzó para la humanidad la nueva creencia de un dios resucitado.

Después, la pecadora arrepentida se hizo penitente, y pasó los últimos treinta años en el desierto contemplando un cráneo, en recuerdo del hombre-dios a quien amó.

JACULATORIA:

¡Hermosa Magdalena, que la virtud de tu rubia cabellera fecunde la de la amada para que sea propicia al cumplimiento de sus dones!

¡Que forme con ella la tienda del gitano do pueda descansar de la fatiga del camino; y que sus toldos, bajo la negrura de sus ojos y pestañas, al viento del

desierto susurren promesas de dulzura: enjambres de abejas de Garizim que traen en la punta de las alas la miel de sus panales!

¡Y que mañana, al descender del peñón de las angustias, tenga por sudario su cuerpo enflaquecido la cabellera de la mujer piadosa! Amén.

Cúcuta, 1915.

IX

EL GRANDE

Para darse idea de su verbo oratorio y de su actitud hierática en la tribuna, es preciso contemplar ondas turbulentas, o serenidad de amplio horizonte de caudaloso río, como el Marañón o el Orinoco, hablando en términos americanos.

Primero en Constantinopla y luego en Atenas estudió ciencias, habló lenguas y se dió a conocer: orador persuasivo, elocuente y varonil que era.

Fué condiscípulo del Nazianceno y del Apóstata; aliado con Gregorio atacó los errores de Juliano, y ambos desafiaron con su elocuencia el poderío del nuevo Emperador.

Regresó a Cesárea su patria a los 27 años, y se puso a ejercer la abogacía.

Macrina, su hermana, le conquistó a la vida de santidad, y por ser de familia de santos entró Basilio fácilmente en ella.

Una vez resuelto fué a visitar a los anacoretas del Egipto y Palestina en busca de alientos a su fe, los que halló abundantes en la austeridad de aquellos monjes del desierto.

En soledad del Ponto llevó a práctica muchas de las penitencias de éstos, y de tal modo fué extremoso en ellas, que más que hombre era un viviente esqueleto.

Vuelto otra vez a Cesárea, su palabra comenzó a fustigar el arrianismo, y fué, como el Nazianceno, formidable enemigo de la victoriosa secta. Electo obispo de su pueblo, continuó con más autoridad y con mayor brillo en la lucha emprendida.

De Valiente, Emperador de entonces, desafió sus iras; y el día que el enviado de éste le intimidó con la confiscación, el destierro, los tormentos y la muerte, le contestó humildemente: "no temo lo primero, pues sólo poseo unos viejos libros; ni lo segundo, porque en la tierra soy un desterrado; en cuanto a los tormentos, mi armazón de huesos y pellejos se romperá a los primeros; y la muerte no es castigo, sino el cumplimiento de una ley inevitable."

Valiente quiso oirle y vino con su séquito imperial a Cesárea. El caudal de su elocuencia saturada de ciencia y de virtud, trocó su animadversión en opulentos dones.

Regresó a Constantinopla admirando en Basilio

el don de la palabra. Pronto su corte, que era de arrianos, enconó de nuevo su ánimo contra aquél.

Quiso desterrarle, pero la curación milagrosa de su hijo, y la ruptura de la pluma hasta por tres veces, a tiempo de firmar el decreto expulsivo, le hizo cambiar de parecer.

De ahí adelante fué amigo de Basilio.

Esta sombra de hombre, esqueleto forrado en piel apergaminada, y movido apenas por fuerza interna de invencible luchador, venció hasta en sus últimos atrincheramientos a los múltiples sectarios disidentes de su fe.

Fuera de la cabeza que pensaba, de la lengua que hablaba maravillas, y de la mano que las escribía, todo en él estaba enfermo.

Los libros, homilías y cartas que escribió forman por sí solos una biblioteca.

En todos ellos resplandece la luz de su inteligencia privilegiada.

San Efrén, que le oyó en sus últimos días, en elogio de su elocuencia dijo: que mientras hablaba San Basilio la inspiración descendía de lo Alto, y en forma de paloma resplandeciente, iluminaba las palabras que salían de su boca.

Rindió la jornada cargado de frutos meritorios el año 379. Tenía 51, de los cuales 40 fueron para los libros, las ciencias y la oratoria.

Puesto que su elocuencia fué inimitable y poseyó todos los conocimientos de su época, le apellidaron el Grande.

JACULATORIA:

¡Oh Basilio, que fuiste torrentoso en palabras semejante al Negro Ponto embravecido; y caudaloso en elocuencia cual Orinoco en raudal de aguas turbulentas!

¡Concede al suplicante que en la punta de su lengua vibre siempre, aunque su cuerpo enflaquecido como el tuyo, sea una sombra de móvil caña sobre el agua, palabra varonil ante la muerte y el dolor; vocablo de perdón para todas las injurias de los hombres; y frases de alabanza en ofrenda a la mujer! Amén.

X

LA EGIPCIACA

Según costumbre de los monjes de un monasterio que existía en Palestina para el año 421, cuando llegaba la cuaresma abandonaban el claustro y en los desiertos que dominaban las márgenes izquierdas del Jordán, pasaban esta época de penitencia en la abstinente vida de hojas y raíces silvestres.

Zósimo que llevaba más de cincuenta años de cenobita, erró de monte en monte con ánimo de tropezar con algún anacoreta, de esos pobladores de las Tebaidas tan frecuentadas en los primeros siglos del cristianismo.

Un día vió una sombra de mujer que en la quiebra de un barranco se ocultó a su vista. Cuando le habló, le pidió la capa para cubrir su desnudez.

El viejo anacoreta fué sorprendido con la santidad de esta pecadora.

Era de Egipto y desde los doce años pasó en

Alejandría vida de mujer entretenida hasta los veintinueve.

Escanciaba en su vida de orgía la copa del festín por el solo goce del placer; como la de Magdalo, era ante todo artista de sensaciones carnales, y no se vendía a los hombres sino que se entregaba a sus amantes.

No contenta con sus escándalos de cortesana en Alejandría, vino a renovarlos a Jerusalén, pero aquí, frente a la colina que humedeció con su sangre el Redentor, la vida de la gracia hirió su corazón.

Estando en el dolor de su arrepentimiento oyó una voz que le dijo: pasa el Jordán y hallarás descanso.

Una vez atravesadas las aguas del legendario río, vivió para la abstinencia, para el cilicio, para la expiación por espacio de cuarenta y ocho años.

Comiendo de hojas y raíces, cubriendo su cuerpo pecador con la túnica flotante de sus cabellos, en continua oración, bajo el techo inclemente de las rudas estaciones y sin más compañía que los leones del desierto, purificó el vaso carnal que tantas veces embriagara a los hombres con sus deleites.

Cuatro siglos antes otra pecadora, la de Magdalo, había rompido con los ecos de su penitencia los del desierto de Judea, y embalsamado con su olor de santidad las cavernas de sus montes.

María Egipciaca y María Magdalena fueron dos liras de amor y de pecado que supieron dar, en arpegios de festín y en salterios de penitencia, todas las notas de su cuerpo y de su alma; y ya exangües, a fuerza de pecar y a fuerza de sufrir, se transformaron en estrellas resplandecientes de la gracia.

¡Orugas que se durmieron en lechos de rosas, y despertaron crisálidas en jergones de espinas!

¡Doble virtualidad la de estos seres, flagelados por el vicio y santificados por la expiación! Zósimo fué el único mortal que vió a María durante el medio siglo que duró su vida penitente.

El año siguiente cuando vino a visitarla la encontró cadáver; y allí junto a éste, un león que lamía las manos de la Santa, el cual león era uno de sus compañeros del desierto.

Según refiere el Santo, la fiera domesticada le ayudó en la faena del piadoso entierro.

Y cuentan que cuando fueron a trasladar sus restos, hallaron sobre la tumba los de un león que debió de ser el sepulturero y consecuente amigo de María.

JACULATORIA:

¡Oh tú, La Egipciaca, que supiste domar en austera penitencia tus locas liviandades de mujer; y con-

sagrar, entre breñas, zarzas y leones del desierto, tu espíritu y tu cuerpo al dios de tu creencia!

¡Fortalece con tu virtud domadora de pasiones a la bien amada, la de los ojos negros, a fin de que venza las ingratas tentaciones del olvido y pueda consagrarse, en espíritu y en verdad, y a despecho de nuevas sensaciones amorosas, al amor del suplicante! Amén.

Cúcuta, Enero de 1915.

XI

EL DE LA CALZADA (1)

Este hijo de las montañas cantábricas, pobre de condición y humilde por naturaleza, fué a dos conventos, que cerca de allí había, en demanda de admisión.

Ambos a dos se la negaron acaso por la rusticidad de sus modales. Corrió a la gruta de un ermitaño de quien solas admoniciones tuvo.

Estando a punto de final desesperación a causa de los rechazos recibidos, supo de un sitio donde con frecuencia una banda de ladrones cometían atropellos y maldades, en los piadosos peregrinos que iban adonde estaba el sepulcro de Santiago.

Al punto se partió adonde era el lugar indicado, y donde creyó de utilidad el propósito que concibió.

Apercibido que iba para la empresa, puesto que se hallaba armado de todas armas de fe y caridad de Apóstol, puso manos a la obra.

---

(1) *Es natural de San Pedro de Monta, perteneciente al Reino de Navarra.*

El lugar estaba a la sazón lleno de malezas; en poco tiempo fué con su solo esfuerzo transformado en campo labrantío, y a cabo de cinco años tenía capilla, huerto y huerta para alojamiento de peregrinos.

Y cuentan que los allí hospedados, no echaban menos las comodidades de las mejores posadas de aquel entonces.

De trecho a trecho y en el transcurso de años siguió adelante hasta dar remate y fin a la tarea comenzada. Taló montes, cegó pantanos, y construyó puentes.

En la empresa humanitaria tuvo a su talante la cooperación de los pueblos comarcanos.

Construída la calzada, en el punto donde ésta comenzó, fundóse un pueblo que apellidaron Santo Domingo de la Calzada, por ser Domingo el nombre del fundador.

Para cumplir a cabalidad su cometido no hubo menester Domingo de poderosos, conocimientos de letras, ni títulos nobiliarios: bastó la sola voluntad y el intento fué.

A las exhortaciones del Santo, cada quien contribuía con lo que tenía a mano: así iban tras él unos con materiales, otros con su dinero, y aquellos con su trabajo personal.

En la piadosa obra no faltó el grano del milagro. La burla de un rústico vino en sazón para que

germinase la simiente aquella; el cual rústico ofreció dos animales salvajes siempre que el mismo Santo los domara.

Fué adonde estaban, los condujo a cordel cual si hubiesen sido bueyes de labor, y una vez uncidos, acarrearon materiales al punto mismo donde se efectuaba ésta.

Toda obra de altruísta empeño ocasiona envidias de corazones egoístas; en la de Santo Domingo le vinieron a cuento.

Y no sólo perdonó a quien le insultaron y maltrataron de hecho, sino que siguió ejerciendo en ellos su caridad evangélica.

Su vida entera consagrada fué al cuido de la calzada que tuvo siempre a punto de buen servicio y a la faena de las tierras labrantías, a fin de acorrer con sus frutos a las necesidades de los peregrinos.

Era de hasta edad provecta cuando se durmió en brazos de su dios, el año de 1109.

En su sepulcro, que él mismo construyó en roca viva, y durante su existencia le sirvió de granero para el trigo de los pobres, parecieron años después espigas de dorado trigo que brotaron de su cráneo.

¡Era cosa de ver aquel cráneo de Domingo el de la Calzada, semejando un cesto de trigo candeal!

Propio del cultivador de tierras, del talador de montes y del constructor de puentes y calzadas, que

después de muerto siguiera fecundando trigo con sus despojos del hombre.

Para el tiempo de este varón del siglo XI, los caminos públicos de España no le iban en zaga a los de la región que se impetra en ésta.

JACULATORIA:

¡Oh santo constructor de puentes y calzadas! ¡Desciende un momento de lo Alto, y toma a empeño tuyo la construcción de una vía, que ponga en contacto a Mérida con el Lago de Maracaibo y luego con el mundo, vía carretera o férrea, que tanto ha menester la patria de los mayores de quien implora tus auxilios!

¡Infunde tu espíritu fecundo en quien llevar a cabo deba la importante obra, fuente de riqueza y vida para esa comarca industrial de la República!

Y aquel grupo de serranías donde el trigo de sus cosechas, al tener caminos de fácil comunicación, abastecerá los mercados de Venezuela, ¡sería semejante al cráneo tuyo cuando sus páramos todos se viesen coronados de dorada espiga!

¡No desoigas la voz del suplicante, oh Domingo de la calzada, ya que ningún otro de los místicos civilizadores del mundo, sabe mejor que tú, cuánto valen para una región de montañas los puentes y calzadas que salvan la dificultad de arcabucos, quebradas y peñascales! Amén.

XII

LA HEROINA

En actos de varón antiguo, en mística piedad de combatiente, y en hechos de Taumaturgo ninguna otra Santa fué tan presto adonde llegó esta Rosa de Viterbo.

Una sonrisa, desde el punto en que a la vida vino, hermoseó el rostro de la niña que no supo de llantos infantiles.

En la infancia aún, húmedos sus labios de leche maternal, acércase radiante en gloria al lecho de un cadáver, y al evocar su espíritu a la vida con las mágicas palabras *Talitha Cumi* de Jesús, en esa nueva hija de otro nuevo Jairo, el mandato del pequeño taumaturgo reconstruye el roto hilo de sus días.

Como a una pequeñuela, en la industria de llevar agua potable al hogar, se le hubiese rompido el cántaro con las piedras de la fuente, Rosa tomando en sus manos la vasija en roturas invoca a su dios, y

al punto suéldanse los rotos fragmentos y cesa el llanto de la congojada niña.

El día que su padre, a guisa de curioso e impertinente además, hubo de examinar el cesto de alimentos que a los pobres conducía, no fueron regojos los que de ver tuvo sino ramos de fragantes rosas.

Cosa igual acaeció, años después, en el regazo de Isabel de Portugal cuando su esposo quiso ver la limosna que ésta iba a repartir.

Rosa era de solos siete años y ya en apartada celda de su hogar hacía vida de ascetismo; vestida de humilde sayal se andaba por las calles llamando a los hombres a oración y penitencia.

Presentábase al mundo entre cilicios y asperezas cual fresca rosa que pretendían ahogar espinas, cardos y abrojos en los huertos de Viterbo, húmedos aún de brisas matinales del vecino lago.

Por los años de 1250 tuvo de sentirse en este pueblo suyo el empuje violento de Federico II de Alemania, y como éste ofendiese en la brega de las ideas sus creencias religiosas, sublevó el ánimo de sus compatriotas contra el enemigo de su fe.

Era cosa de ver a una niña de doce años que en hábito de terciaria, ceñido al lomo cabestro de asno cual tosco cordón de la Orden, y en reto de público tribuno desafiaba, en nombre del Pontificado, al poderío del César teutón.

Y fué tal su verbo de apóstol tribunicio que de sus palabras, salidas de labios infantiles de Heroína, colgados quedaban los ánimos de los oyentes, tal que corrido y confundido el adversario.

Su padre tosco que era, y temeroso del Gobernador del Imperio, la abofeteó en público; mas el ánimo varonil de la pequeña agitadora no cejó en su empeño de religiosa combatiente.

Su verbo persuasivo, como que se era de santidad, puso derrota al adversario; éste, en la estrecheza del rencor surgido del vencimiento, tuvo de apelar al destierro de un tan valiente contendor.

Al punto el Gobierno de Viterbo dictó decreto de expulsión, y aquella Rosa, cuyos pétalos eran de acero siempre que ostentaba su erguido tallo en el jarrón de la tribuna, obligada se vió a dejar el huerto de sus mayores.

En noche de invierno cuando la nieve como un sudario cubría las campiñas del Lacio, tomó en sus manos una por una el camino del ostracismo; varias veces estuvo a pique de perecer dado el rigor de la estación, mas nada entibió el fervor de su alma corajuda.

Al primer pueblo adonde tuvo de llegar trepó sobre un tablado que para el caso había, y su palabra de agitadora siguió tumultuando las muchedumbres contra el César.

Viéndose frente a frente de una vieja embrujadora que traía soliviantado el populacho contra el Pontificado, tuvo de apelar para vencerla y creídas sus palabras al milagro de la hoguera: a tiempo de atravesar los leños encendidos parósele mortal el rostro, mas el prodigio descendiendo de lo Alto hizo que Rosa saliese incólume de aquéllos, sin que ni un pliegue siquiera de su túnica se ahumara.

El hecho de suyo miraculoso dejó corrida a la vieja tumultuaria.

En Palermo profetizó la muerte de Federico II su contendor religioso. Una vez acaecida regresó a Viterbo.

Y la Rosa de pétalos de acero, flor de libertad ungida para el combate con óleos de santidad, al ver su vida sin objeto puesto que la muerte del Emperador, dando tregua a la lucha, llevaba mudez al palenque tribunicio, determinó de pasar sus últimos días en celda conventual.

No fué recibida en parte alguna; las humildes monjas, flores anémicas de claustro, no pudiendo comprender esa batalladora santidad de la Heroína, temían el solo contacto de la provocadora de tumultos, y por temores de este jaez cerraron sus puertas todas a la Rosa de Viterbo.

Como llegase a sus oídos el rechazo de las Monjas profetizó, que si no en vida sí en muerte alojarían sus restos pecadores.

En efecto, a poco de esto, cuando contaba apenas 18 años murió, no sólo en olor sino en valor de santidad.

Su cadáver, según predicción fué al convento de las Clarisas, y sobre su tumba cuentan, el cuento que no le tiene, porque es de una Rosa de rosales taumaturgos, que surgió fragante rosa.

Y desde aquel punto trocóse el nombre de Clarisas por el de Rosas en el convento aquel de la leyenda.

Los que visitan el pueblo de esta mística heroína, que a 87 kilómetros de Roma, y en las faldas de los montes Venere y Cimino se recuesta orgulloso de su Rosa de lucha y santidad, tienen de admirar y venerar en la iglesia de su nombre, y en capilla de dorada reja, el cuerpo momificado de santa Rosa de Viterbo.

JACULATORIA:

¡Brillante Rosa de pétalos de acero con fragancias de santidad! ¡Haz que en el seno de la amada brote rosa mística de esencias turbadoras que en floración piadosa, sea para el alma del suplicante lo que la rosa del sepulcro tuyo para el alma del creyente: milagro de amor!

¡Que el perfume carnal de aquella rosa, como el tuyo de divinas ansias, embriague siempre al suplicante cuando de aspirar tenga sus pétalos y cáliz! Amén.

XIII

EL PADUANO

A los 15 años entró en convento de Agustinos en Lisboa, su pueblo natal, Fernando hijo de padres ilustres.

La ciencia, durante diez años no quedó en zaga a la virtud en este santo varón de Portugal.

El trato con unos Franciscanos le hizo cambiar de hábito; y tomando el de El Seráfico trocó su nombre por el de Antonio.

Sediento de martirio importunó hasta que le enviaron al Africa a tierra de Moros. La enfermedad primero, y luego vientos encontrados le encaminaron a Italia al pueblo de Asís. Allí conoció a San Francisco.

Permaneció ignorado en el desierto de Monte Paulo, hasta el día que la antorcha saliendo de debajo del celemín, y colocándose sobre el candelabro, según expresión bíblica, resplandeció en su propio resplandor.

En cátedra de Forli brilló por vez primera este Taumaturgo de la palabra.

Y autorizado de ahí adelante por El Seráfico, se dió a la tarea de explicar teología y demás textos sagrados.

Los pueblos de Italia, Francia, España y sobre todo Roma y Padua, testigos fueron de los prodigios de su verbo tribunicio.

La mitad del siglo XIII la llenó con su elocuencia: despertó las lenguas de oro de Pablo y de Basilio, que en las primeras épocas del cristianismo convirtieron almas por millares.

El milagro afluía a los labios de Antonio y quedaba pendiente de su lengua cuando en extáticas ausencias, salvando distancias, resucitando muertos y evocándolos a la vida, presentaba a los hombres en copa de maravillas, y encarnados en hechos de tangible carne, los imposibles para el mundo.

Un día, estando en Padua, sabe la acusación de homicidio que hacen a su padre en Lisboa, traslada su espíritu, hace desenterrar el cadáver, y al mandato de su voz, declara la inocencia del acusado.

Confunde en Tolosa a un hereje, haciendo que su mula hambrienta hinque las rodillas delante de la hostia primero que acudir al pienso.

Otro día, como los hombres se negasen a oír sus

admoniciones, corre a la playa, y tiene por auditorio a miles de peces que salen del mar a escucharle.

Las crueldades de Ezelino que en Padua y en Verona no pudieron contener los hombres, sí lo consiguió Antonio con su palabra. Pero muerto éste, Ezelino continuó en sus maldades.

Se llamó de Padua porque en ésta fundó su convento y en ella tuvo su mayor esplendor.

Los diez años que duró su vida misionera bastaron para consumirle.

Seguramente fué dejando en cada conversión y en cada milagro suyo una partícula de su alma, una gota de su sangre, y una brizna de sus nervios hasta que agotó la plástica materia.

No otra cosa acontece al hombre genio: los que observan esto encuentran fulgor de espíritu en los milagros del Taumaturgo, en los lienzos de Urbino y en los mármoles de Buonarroti.

Murió en Padua en 1231 de 36 años.

La iglesia que construyeron a su memoria es un soberbio edificio de estilo gótico francés.

La capilla del Santo, que le llaman los Paduanos, guarda sus reliquias. Las paredes están tapizadas con lienzos que pregonan sus múltiples milagros.

Cuando exhumaron su cuerpo las carnes estaban en cenizas, menos la lengua que obró prodigios.

Cada año miles de peregrinos visitan la tumba del Taumaturgo.

JACULATORIA:

¡Antonio de Padua! ¡Artista del milagro! ¡Tu lengua, pincel de maestro florentino, dejó leyenda para el lienzo; y semejante al cincel de Miguel Angel, floración de mármoles para la estatuaria!

¡Escucha la plegaria en súplica de hinojos: unge la lengua del suplicante para que sea, en todo lo que atañe a la mujer, pincel que traza en el lienzo de su alma, mágicos colores; y cincel que graba en el mármol de sus carnes, contornos peregrinos! Amén.

XIV

LA CLARISA

Era de hasta edad de 18 años el día que vestida de todas galas, noble y bella que era, dejóse ver del mundo por última vez en el templo de Asís su patria.

En la tarde tomó una por una el camino de la Porciúncula adonde San Francisco, a la sazón su padre espiritual, la esperaba; una vez cortada su hermosa cabellera, y trocada su rica vestidura por el sayal de penitencia, entróse por la estrecha puerta del sacrificio adonde creyó la impelía su destino.

Reparada a esta razón la iglesia de San Damián por San Francisco, llevóla éste allí junto con Inés, una hermana de ella, a quien también le nació de voluntad el monjío.

Y fueron hasta doce las vírgenes de noble cuna que del pueblo de Asís, acudieron alrededor de las dos hermanas formando así un núcleo de piadosa asociación.

Su nombre de Clara inspirado fué. Hortulana su madre oyó voz que le dijo: el fruto de tu preñado

será semejante a una antorcha que iluminará el mundo.

Bajo la dirección del Seráfico quedó establecido en Asís el convento de las vírgenes Clarisas, que hicieron profesión en manos de él de todos los votos que atañen a su religión.

Manto de un desasimiento de las cosas de la vida, y de estrecheza suma cubrió a Clara y compañeras de claustro.

Luego, luego extendióse por el mundo con tal rapidez esta nueva corporación, que llegó a contar más de cuatro mil conventos, y al pie de cien mil monjas según rezan crónicas de santidad.

Entrada de lleno en su laboriosa vida de fundadora, nada de cuanto atañe al propósito dejó de cumplir: su blando cuerpo vestido siempre iba de cilicios y torturas, el hambre y la sed la fatigaron a la continua, y desnuda tierra y por cabecera manojo de sarmientos, eran el solo descanso de sus brumados miembros.

Viviendo su comunidad de limosnas, no quiso que trajeran a ella sino los relieves que daban de sobrado la mesa de los ricos.

En sus bellas y blancas manos, tal que en las de Jesús, el pan hubo de multiplicarse.

Un día de escasez, con solo un mendrugo dió de comer a cincuenta religiosas que satisfechas tuvieron de quedar.

La invocación de su nombre en Espoleto y con-

tornos servía de talismán a paralíticos; y en sus montes y montañas a paisanos y extraviados, bastábales para ahuyentar el miedo y los feroces lobos.

En su convento de donde nunca salió en los 42 años que tuvo de vivir en penitencia de clausura, semejaba un espectro que daba luz de las llamas que consumían su espíritu y sus carnes.

Estos seres de mística pasión bien semejan cirios de votivo altar: el alma como pábilo que alumbra y se consume al mismo tiempo, lo hace a expensas de la carne y medula de los huesos, que cual blanca sera de combustible sirven; y así una por una y en lento holocausto de antorcha se extinguen su espíritu y su cuerpo.

Estando a las puertas de la muerte como se hallase el pueblo de Asís en sitio de soldados, y ya próximos a escalar sus murallas, Santa Clara en la grave mengua de su pueblo se hizo conducir a éstas, y su presencia dando aliento y brío a sus compatriotas produjo el rechazo del enemigo sitiador.

Una noche, viendo los habitantes de Asís que la Porciúncula ardía, corrieron a ella a fin de sofocar el fuego, mas al llegar notaron, con no menos sorpresa, que era de las nimbadas frentes de Francisco y Clara de donde surgían aquellos resplandores.

Los dos estaban en banquete de humildad, consagrando el pan y la sal en fraternal comunión sin distinción de sexos.

A poco tiempo de estos hechos milagrosos, y a los 60 de su edad terminó sus días, por el año de 1253, la antorcha que desde un rincón de ruinoso templo alumbró la cristiandad.

Quedando así cumplido el vaticinio de Hortulana, que hubo de oir en los días de su preñado.

La imagen de Clara quedó estampada en la hostia; si va a decir verdad privilegio suyo fué y no de otro santo alguno, puesto que solos signos de eucaristía se amoldan en las formas que encarnan la divinidad de Cristo.

Los peregrinos que visitan Asís, veneran bajo el altar mayor del templo de Santa Clara sus reliquias.

Fué construído cuatro años después de su muerte en el mismo sitio de su convento.

JACULATORIA:

¡Divina brasa de incensario que consumiste en suavidad de perfume tu espíritu y tu cuerpo!

¡Mística azucena que en las colinas poéticas de Asís, humedecida fuiste en las brisas del umbriano Chiaggio!

¡Que tus divinas manos, a cuyo contacto el pan hubo de multiplicarse, y los regojos viejos convertirse en nuevos, puestas virtualmente sobre el cuerpo de la amada, multipliquen en ésta sus gracias de mujer hasta que florezca en ella el milagro vivo del amor: renovarse siempre sin cansar jamás! Amén.

XV

EL PROTECTOR

Doctor en ciencias divinas y en humanidades, de talento despejado y noble cuna, dedicó la mayor parte de su vida al servicio del niño que más lo ha menester: el hijo de la pobreza.

La pretensión de una señora de Valencia donde a la sazón estudiaba, y de la cual huyó, huyendo también de la ciudad, hizo ver a sus compañeros hasta dónde iba todo el toque de su virtud.

Ordenado de sacerdote y hecho vicario de Tremp, dióse a la tarea de reformar el Clero y corregir vicios de las almas; y armado de todas armas de dulzura, amor y caridad que bien atañe a los imitadores de Cristo, cosechó opimos frutos en su labor.

El obispo de Urgel, en cuenta de ello, determinó de enviarle la tierra adentro de los Pirineos, por andar tan de caída en aquellos lugares la moral cristiana.

Y en esta afanosa tarea, y más aun cuando de

orar tenía, una voz interna le ordenaba: "Vé a Roma". Es que el corazón humano siempre oye lo que desea y gusta, y en cada apretura de la vida voces interiores, surgiendo de la conciencia, dan aviso a los elegidos de lo que han menester para salvar la dificultad.

La visión le vino a cuento: vióse en Roma rodeado de niños que enseñaba y doctrinaba.

Luego al punto de robustecer el intento con la resolución, partióse adonde tenía puesto el pensamiento.

En Roma hubo de tener la protección de la ilustre casa de Colonna, en la persona de un su cardenal.

Había a la sazón una Hermandad que doctrinaba niños y jornaleros los días de fiesta; José Calasanz la encontró de molde para su empresa.

Al punto se alistó en ella. Era cosa de ver a Calasanz en las plazas y calles de la ciudad, sembrando el grano de la enseñanza en las ignaras gentes.

Las turbas de muchachos vagabundos que escandalizaban con sus hechos e insolencias por las vías públicas, le resolvieron llevar a cabo la obra pía que esbozada tenía ha mucho tiempo en su cerebro.

Siendo el Transtíber el barrio más poblado de niños pobres, fundó en él, junto con tres sacerdotes, la primera escuela de enseñanza gratuíta para los hijos de los obreros. Era el año de 1597.

Al comienzo de su obra hubo de tener dificultades, calumniadores y envidiosos, mas vencidas las primeras, fueron también vencidos los segundos.

Su inagotable piedad le llevó a formar parte de muchas otras corporaciones que al caso había; y tantas fueron, que sorprende cómo su asendereado espíritu pudo soportar la penosa tarea de su vida en más de medio siglo.

Clemente VIII quiso premiar su intensa labor con el capelo cardenalicio; la humildad de El Protector del niño no lo consintió.

Al cabo de 25 años las Escuelas Pías de Calasanz, donde recibían enseñanza y alimento millares de huérfanos y pobres, elevadas fueron a religión.

Para esa fecha extendidas se hallaban por toda Italia, y las había también en Hungría, Polonia y Alemania; y no eran suficientes los religiosos que formaba Calasanz a fin de atender a las demandas de los otros pueblos.

Al final de su vida meritoria nueva tempestad de guijarros calumniosos cayó sobre su frente envejecida, pues a pesar del demasiado bien que hizo, el mal no le olvidó ni aún a las mismas puertas de la tumba.

Nuevos y últimos triunfos llevaron paz a el ánimo acongojado.

A poco de la postrer tormenta reclinóse en brazos de sus dios a los noventa de su edad.

El nombre de San José de Calasanz está escrito a la entrada de una Escuela Pía, frontera a la casa de Benificencia de Maracaibo.

Es el primer pueblo que en Venezuela funda esta Institución.

Allí los hijos de las obreras, en tanto ganan su salario, los dejan recibiendo alimentos y enseñanza gratis.

Por la tarde, a la hora de nona, cuando regresan de su labor, recogen a sus hijos y vuelven con ellos adonde habitan.

JACULATORIA:

¡Excelso Protector del niño, a favor de cuya infancia consagraste tu vida meritoria!

¡Ilumina a los Gobernantes de las Repúblicas bolivianas pensamientos como el tuyo: fundar Escuelas Pías para en ellas recoger al niño huérfano, y al de padres que trabajan a jornal, a trueque de estarse por las calles maltratando los animales y los árboles! (1).

---

(1) *En los pueblos del Interior es cosa corriente de los niños perseguir los pájaros y estropear los árboles. Cuando el que esto escribe lo hizo por vez primera, al llegar a oídos de su buen padre recibió castigo por ello; y desde entonces no volvió a maltratar los árboles, las flores ni los nidos.*

Lleva a conocimiento de los hombres, acaso lo ignoran, que es deber de todos: Magistrados, altruístas y ricos generosos, recoger, enseñar y corregir al niño que vaga por las calles, ¡haciéndole ver que el árbol, el pájaro y la flor tienen su sentir, y son nuestros hermanos en la santa religión de la alegría!

Inspira ese propósito, ¡oh santo varón de Calasanz, a los que tengan de llevarle a cabo, a fin de que pronuncien tu nombre fomentando la utilidad de tus virtudes! Amén.

XVI

EL NAZIANCENO

A mediados del siglo IV se encontraron, en la célebre Universidad de Atenas, Gregorio, Basilio y Juliano y tuvieron amistad de condiscípulos.

Los dos primeros fueron columnas de la Iglesia, y su unión se estrechó más a medida que aumentaba en ellos la santidad del alma y la luz de la inteligencia.

El tercero, a poco tiempo Emperador de Oriente, desencadenó furiosa persecución contra los cristianos; y Gregorio y Basilio sostuvieron con su fe y su palabra los embates tempestuosos del Apóstata Juliano.

Gregorio era de Capadocia como Jorge el Militante. Tomó el nombre de Nazianceno del pueblo de Nazianzo, cerca del cual vino a la vida; y en este mismo pueblo, siendo su padre obispo recibió de sus manos el sacerdocio, con lo cual dió principio a su agitada vida sacerdotal.

La santidad lo rodeó desde la cuna. Sus padres

y hermanos, santos desde la niñez, murieron todos en olor de santidad.

En busca del silencio y de su condiscípulo Basilio, dejó Nazianzo y fué al Ponto a reunirse con éste; para la fecha era arzobispo de Cesárea.

Del retiro claustral consiguió sacarle la amistad e influencia de Basilio quien, conocedor de sus méritos para la vida activa, le consagró obispo de Sasimo.

No tuvo tiempo de practicar en ésta sus deberes episcopales. La ancianidad y luego la muerte de su padre, obispo de Nazianzo, le obligaron a volver al pueblo natal donde ejerció, por algunos años y de manera ejemplar, las funciones de su ministerio.

De nuevo retornó al retiro y en Seleucia, en el monasterio de Santa Tecla, permaneció seis años en vida contemplativa.

La muerte de San Basilio el año 379, y la lucha que la Iglesia sostenía en Constantinopla contra el arrianismo y las demás sectas, lograron violentar su resolución para salir otra vez al torneo de la vida pública.

Habíase prometido permanecer en la celda de Seleucia, pues las muchas calumnias que en el trato con los hombres hicieron blanco de su reputación, y la instintiva inclinación al silencio monacal, le apartaban cada día más de los negocios del mundo.

Este hombre pequeño de estatura, ya viejo y

calvo cuando entró un día en la capital del Imperio de Oriente, iba con ánimo de combatir y de vencer a las sectas triunfantes, que con el apoyo de los Emperadores trataban de derrocar la Iglesia de Cristo.

Era cosa de ver aquella lucha desigual: de un lado un viejo sacerdote enfermo, pobre y consumido por las penitencias, desafiando con su verbo en las plazas públicas de Constantinopla a los principales corifeos de los arrianos, novacianos y macedonios dueños para ese tiempo de las iglesias, tesoros y conciencias de la ciudad.

Sólo la fe y la convicción de apóstol pudieron sostener en la ruda tarea tribunicia, contra un pueblo amotinado, a esta sombra de luchador antiguo. Semejaba Gregorio al junco cuando el azote de los vientos hundiendo sus raíces lo yergue más fuerte, altivo y orgulloso.

Comenzó lentamente su verbo de elocuencia, entre el fragor del tumulto y algazara enemigos, a conquistar corazones y no fué por temor de castigos de ultratumba sino por la persuasión de su palabra evangélica, que alejó del camino de perdición a tantas almas descarriadas.

En premio de sus luchas fué consagrado obispo de Constantinopla.

Ante este triunfo la calumnia volvió de nuevo a hincarle su diente venenoso. El Cínico Máximo, que era discípulo suyo, izó en alto como en mástil de pi-

rata nave, el rojo gallardete de combate; y desatando tempestad de injurias sobre la frente de Gregorio, hizo que el Santo presentara renuncia de la silla episcopal.

En concilio Niceno, segundo de este género, 150 obispos confirmaron a Gregorio en su silla de Constantinopla; y el calumniador Máximo confundido y desterrado, arrió para siempre la bandera tumultuosa de su ambición desenfrenada.

Muerto San Melecio, Presidente del concilio, tocó el puesto a Gregorio; la nueva dignidad desató contra él nueva borrasca de guijarros calumniosos; fué vencedor una vez más de sus enemigos, pero impenitentes éstos en su porfía, apelaron a las vías de hecho comprando brazos de asesinos.

Ante la presencia del anciano venerable las manos alevosas quedaron desarmadas.

La palabra perdón que los labios del patriarca pronunciaron, fué la única venganza que este generoso luchador dejó caer, cual manto de piadoso olvido sobre las injurias, las calumnias y los atentados de sus perseguidores.

Para terminar sus días consiguió retirarse de la vida pública. Aun en el último retiro continuó la defensa de sus doctrinas, en hermosas poesías, contra los escritos de hombres inteligentes que combatían la divinidad de su dios.

Quedaron bellos poemas en testimonio del nu-

men, del saber y de la fe cristiana de Gregorio. Murió en Nazianzo de 80 años siendo uno de los hombres más combatido y calumniado de su época. Como salió siempre vencedor, supo atar el manojo de sus victorias con el broche de oro del perdón.

JACULATORIA:

¡Oh Gregorio, calumniado de Nazianzo! ¡Que de tu manto de apóstol luchador caiga al fervor de la plegaria del suplicante, semillas de perdón para su alma, semejante al polen de las palmas que el viento del desierto transporta al sacudirlas! ¡Y que nacidas, den frutos de olvido para todas las injurias de los hombres!

¡Que los nuevos brotes de esa simiente, ahogando las malezas del rencor que el placer de la venganza cultivara, lleven fecunda savia al árbol del perdón! Amén.

Cúcuta, 1915.

XVII

LA ARTISTA

Cuando Valeriano, joven de nobleza romana, estaba perdido de amores de una doncella tan principal llamada Cecilia, ni por pienso imaginó lo que lo que tuvo de prometerle en la noche misma de sus bodas.

Una vez que a solas estuvieron los dos no fué en desmayo de Sulamita, ni en palidez de emoción que hubo de caer entre sus brazos: grave pero sonriente y bella a guisa de Vestal, le habló del voto de castidad ofrecido a un su divino esposo, y de cómo un ángel que a su lado había le ayudaría a cumplirle.

Valeriano, con reposado continente le contestó: que estaba dispuesto a complacerla siempre que sus ojos hubiesen de ver el ángel custodiante.

Para ello es menester, replicó Cecilia, estar punto por punto en gracia de mi dios.

Sea como tú lo quieres; y luego al punto se hizo cristiano.

Fortuna y no escasa para Cecilia fué la que tuvo de tener en la nobleza de un tan noble cual Valerio: éste talvez, acaso, aunque pagano y de pagana alcurnia tenía unas sombras y lejos de cristiano.

Donde no, las brutalidades de otro marido, habrían dado al través con el voto de castidad de la desposada.

Otras que tal vez han implorado cosa igual de pechos de varón, sólo han encontrado apetitos groseros de la carne.

Cristianado aquél, y entrado que hubo dentro donde Cecilia se estaba de hinojos, vió y contempló el ángel custodiante que vestido de luz resplandeciente, les ofrecía sendas coronas de rosas y azucenas en premio a su continencia.

Cecilia, desde el punto en que comprendió que una por una debía unirse a un hombre no cesó de implorar, unas veces en oración y otras pulsando su instrumento músico, el beneficio que acababa de recibir.

Y cuentan los que de verla tuvieron que cuando sus divinas manos pulsaban el arpa, en éxtasis seguía escuchando armonías de celestial encanto.

¡Acaso continuaban espíritus de otras regiones lo que la dulce artista comenzaba acá en la tierra!

En lienzo de Rafael que está en la *Pinacoteca* de Bologna se admira a Cecilia que puesta en pie, con el arpa distraídamente asida de sus manos, y con los ojos vueltos arriba tiene en suspenso el ánimo de Pa-

blo, Magdalena y otros porque el eco melodioso de sus notas va a perderse en coro de músicos alados.

El año 323 que a la sazón estaba a punto la persecución del César Severo, llegó para ellos el martirio.

Luego que fué quitado de delante de sus ojos el cruento de Valeriano, se apercibió para el suyo.

Los verdugos dando lugar y espacio al sacrificio la sacrificaron despacio para recrearse con él.

Al pie de 24 horas de tortura fué mal decapitada, y con el blanco cuello sangrando por tres heridas, continuó por espacio de tres días exhortando a sus compañeros al martirio.

Tomando el camino de la eternidad en las manos traspasó el de la tumba con ánimo sereno, como quien acordes de músicas percibe.

Esta romana joven, noble y bella quedó desde entonces por patrona de los músicos.

JACULATORIA:

¡Rosa purpúrea de los jardines del Pincio, que supiste de notas de armonía hasta en las horas del martirio!

¡Concede a la bien amada el sentir y el escuchar siempre notas y sensaciones de amor y de alegría, que broten en cascadas de agua corriente de la lengua, labios y manos del suplicante! Amén.

XVIII

EL ARQUITECTO

En la aldea de Almilat, a tres jornadas de Avignon y durante el eclipse solar de 1177, el pastor Benito de solos doce años oyó voz sobrenatural que le dijo: "deja tus ovejas y vé a fabricar el puente sobre el Ródano."

Para esta fecha, a fines del siglo XII, los habitantes ribereños de Avignon y los viajeros que ahí llegaban, se veían precisados a atravesar el Ródano, el río más caudaloso de Francia, en una barca de viejo pontonero.

El gobierno feudal no había ni tan siquiera intentado la construcción de esa obra de primera necesidad para los pueblos.

Fué preciso que la inspiración descendiera de

lo Alto a la frente del pastorcillo, y así animado por la fe, y cumpliendo mandato de su dios, viniese a despertar la apatía de sus contemporáneos.

La infancia de Benito añadida a la pequeñez de su estatura, sólo causó burlas y desprecios del obispo y preboste de Avignon cuando les habló de la empresa.

En presencia del segundo alzóse una gran piedra al mandamiento irónico de éste, y la condujo a orillas del río sirviendo de base en la construcción del puente.

A la vista del prodigio que las fuerzas de este Sansón en miniatura hicieron real, todo el pueblo puso manos a la obra.

Al cabo de siete años el puente estaba concluído. El contacto de la piedra del milagro, y la presencia del pequeño arquitecto que dirigía personalmente los trabajos, efectuaron hechos miraculosos con cuyo prestigio aumentaron los jornaleros y los materiales de la fábrica.

Lo que no hicieron Emperadores romanos ni Reyes franceses, lo hizo un ignorante zagal de doce años.

¿Qué faltó a los Señores de pueblos para el propósito que logró el esfuerzo de un niño? El entusiasmo. La fé.

Caiga una chispa de ese divino fuego en el cerebro de un Benito, de una Juana de Arco o de

un Pablo el Ermitaño, y los veréis realizar empeños difíciles, casi imposibles para los pueblos y testas coronadas.

Hechos humanitarios y de gran valía, inspirados a los humildes y pequeños, a fin de igualar y confundir la soberbia de los grandes.

Benito formó la comunidad llamada por él Hermanos del Puente, la cual atendía a la conservación de la obra suya y a las necesidades de los peregrinos.

El Santo murió al terminar el cometido; era de hasta edad de 19 años. El cuerpo se enterró en la capilla de su convento.

Estuvo al servicio del público por espacio de cinco siglos, entrando en ruinas para 1669.

Benito tenía apenas cuatro y medio pies de estatura; la misma que usó Pablo el de Tarso.

La pequeñez de estos varones, en contraste con la grandeza de sus almas, no deja de ser un consuelo para los hombres que siendo pequeños de cuerpo, son grandes en el esfuerzo.

JACULATORIA:

¡Santo pastor de Almilat, inspira a uno de los ribereños del río Táchira con tu aliento de Arquitecto milagroso, a fin de que una chispa del entusiasmo tuyo incendie su cerebro, y lleve a cabo la cons-

trucción del puente internacional sobre las fronteras del Táchira y Santander! (1)

¡No desoigas la súplica de hoy, que bien sabido es cómo acuden con su aliento y brío los Taumaturgos, aun desde el Empíreo donde moran, cada vez que el empeño de los hombres ha fracasado en el intento de las humanas cosas!

Y habrá para tu nombre ¡oh Benito de Almilat, veneración y culto, allá en los lindes de la Patria de quien te implora! Amén.

---

(1) *Los habitantes de esa región fronteriza conocen la suprema necesidad de un puente sobre el río Táchira, dados el tráfico permanente, la anchura del paso y la abundancia de sus aguas en épocas de lluvias, las cuales arrastran y ahogan a los viajeros.*

XIX

EL FLORENTINO

Este varón piadoso y casto nació en Florencia en 1515; pasó en edad de continuar estudios a Roma, y allí creció su santidad.

Sobrio, cada 24 horas comía de su pan y bebía de su agua; infatigable, su descanso era reducido. La oración empezada en los templos era continuada en las frías y oscuras Catacumbas de San Calixto, que en forma de corredores subterráneos se prolongan por las campiñas romanas en longitud de kilómetros.

Veintitrés años tenía cuando rompiendo con el mundo se consagró por entero a la caridad: cárceles, hospitales, plazas y demás sitios públicos fueron en Roma escenario de su piedad evangélica.

En la capilla Salvador del Campo fundó cofradía hospitalaria para extranjeros, peregrinos y convalecientes que en su visita a la Ciudad Eterna se hallasen necesitados.

A los 36 se hizo sacerdote. En éxtasis pro-

longado se quedaba durante el sacrificio de la misa. Todo él se consumía en ardores del amor divino; y cuando oficiaba en su capilla particular la comunicación con su dios era tan intensa, que en arrobamiento de horas enajenaba su alma y sus potencias.

Un día, al terminar el sacrificio, sintió tal amplitud en su corazón que éste se abrió lugar dentro del pecho, rompiendo al dilatarse dos de sus costillas.

Después del hecho singular, evidente manifestación de intenso amor, vivió 40 años.

A su muerte, Roma entera testimonió la verdad del prodigio a la vista de un corazón tan grande.

Su palabra, que era de fuego, convertía corazones endurecidos por el pecado en blanda cera, humedecida en lágrimas de arrepentimiento.

El número de conversiones alarmó de tal modo a sus envidiosos que buscaron la manera de perderle; los venció, como enantes había vencido sus pasiones de hombre: a fuerza de santidad.

Fundó la congregación de los Padres del Oratorio, donde en conferencias espirituales e instructivas habló primero a sus discípulos, y luego al pueblo y nobleza romana que acudieron a él.

Los frutos de esta nueva asociación a medida que se extendía por Italia, España y Portugal, se hacían abundantes en hombres eminentes para la Iglesia.

Terminó sus días a los 80 años de edad, dejan-

do San Felipe Neri caso ejemplar de cómo se incendia un corazón en llamas de amor.

JACULATORIA:

¡Ilustre florentino! ¡Pon en la lengua del suplicante algo de unción de la divina tuya, para que pueda convertir frialdad de corazones en incendios de amor!

¡De la tensión de tus ardores, alienta un soplo capaz de revivir el ánimo abatido de la que ausente, se niega a cultivar la flor de la esperanza! Amén.

Cúcuta, 1915.

XX

LA SIRACUSANA

Unica heredera de nobles, ricos y cristianos padres presto se vió en ella cómo su espíritu se iba tras el silencio y la piedad.

Estando su madre Eutiquia a peligro de perder la vida por flujo incontenible de sangre, acudieron ambas las dos a Catania adonde estaba el sepulcro de Santa Agueda.

Hincadas de hinojos junto a él, y después de largo tiempo de orar, al ponerse en pie la enferma se sintió tan sana como de antes.

Es que por ser la medicina que se consigue al pie de la oración tan divina y tan sin trazas humana, obra en los dolientes como por ensalmo.

Al regresar a Siracusa, determinada que estaba la hija de Eutiquia de consagrarse a su dios, habló de ello a la madre, y no sólo lo consintió sino que, reconocida de suyo a la cura milagrosa, siguió a su hija en el piadoso intento.

Muerto a esta sazón el padre de Lucía, y siendo de cuantiosos bienes dueñas las dos repartieron unos, con otros rescataron cautivos, y con los más desencarcelaron encarcelados.

Sabido esto del prometido de Lucía, que era un noble pagano, corrió a ella para informarse del hecho. En cuenta de que lo acaecido acaeció por ser cristiana de religión, despechado y colérico va y hace la denuncia ante el Prefecto de la ciudad.

Corría el primer lustro del siglo IX; a punto estaba la persecución de Diocleciano extendida por el Imperio todo.

Si va a decir la verdad el rostro de Lucía bañóse de licor divino cuando el Prefecto, fracasado en la oferta de honores y promesas la amenazó con el martirio.

No hubo violencia que no intentase; azotes, fuego y todo cuanto imaginan los verdugos; pero Santa Lucía quedaba siempre en medio de las llamas y tormentos incólume, y con los ojos levantados arriba dialogaba con su dios.

Vencido el tirano ordenó decapitarla.

Y cual si fuese un lirio que troncha a orillas del arrollo el vendaval, así vino a tierra la cabeza de la hermosa Siracusana.

Cuelgan exvotos de esta Santa los que de la vista sufren; quizá hubo de perderla en el martirio,

y por eso lleva a mano en un platillo sus ojos milagrosos.

JACULATORIA:

¡Hermosa mujer de Siracusa, cuyos bellos ojos a guisa de estrellas, y en testimonio de martirio, enclavados desde aquel punto en el cielo se quedaron!

¡Aviva en fuego de pasión, celeste mediadora, las negras pupilas de la amada! ¡Cuida de sus bellos ojos, luz y alegría de cautivas tristezas y esperanzas; y haz que brillen siempre, cual dos faros que son, en la costa hospitalaria adonde debe de arribar la nave del viajero que, azotada aún todavía por embate de olas encontradas, navega a merced de los vientos y el destino! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXI

EL CENOBIARCA

San Pacomio, considerado el primer fundador de las comunidades religiosas, nació entre gentiles en la Tebaida superior el año 278.

Halo de leyenda le formaron en su niñez los mismos ídolos, enmudeciendo el oráculo de éstos a su presencia.

En servicio militar bajó el Nilo desembarcando en sus orillas en población cristiana.

Enamorado de sus principios abrazó la nueva religión; de regreso al hogar sabiendo que en el fondo del desierto había un santo anacoreta, corrió a él suplicándole le recibiese por discípulo suyo.

Palemón, sin abrirle la celda le despidió; ya otros que habían solicitado cosa igual muy pronto le abandonaron, por no poder soportar la sobriedad y penitencia del ermitaño.

Pacomio insistió por muchas veces hasta que consiguió ser admitido en la celda del viejo Palemón.

A poco tiempo le había no sólo igualado sino superado; y en todo era ejemplo de oración y penitencia para el mismo anacoreta.

Por inspiración divina fundó en Tabena, cerca de la gruta de Palemón y a orillas del Nilo, el primer monasterio de la Tebaida cuyas reglas grabadas en piedra le fueron presentadas por un ángel.

Tabena fué el Sinaí de este nuevo Moisés legislador de cenobitas.

Quince años pasó en compañía de Palemón y de su hermano Juan, siendo tan mortificada su vida que durante este tiempo nunca recostó su cuerpo, dormía sentado sobre una piedra, y pasaba noches enteras con los brazos en cruz.

Túnica grosera de lino cubrió siempre el cilicio, que a modo de interna túnica se ajustaba al descarnado cuerpo.

Los cenobitas de Tabena estaban obligados al trabajo y ayuno conforme a sus fuerzas; en cada celda había tres monjes; perpetuo silencio y obediendiencia absoluta; llevaban un capucho o capilla para no verse durante el refectorio que era en común; túnica de lino y manto blanco de pelo de cabra que sólo se quitaban para lavarlos, eran sus vestidos.

La comunidad se dividía en 24 clases, conformándolas a las letras del alfabeto griego: desde los dóciles, representados por las letras de rasgos unifor-

mes hasta los más indómitos, caracterizados por las de figuras irregulares.

La oración se hacía a mañana, a tarde y a noche: repetida hasta por doce veces en cada parte del día.

El don de lenguas, de profecía y de milagros dió tanta celebridad al Cenobiarca, que en pocos años los monasterios poblaron la Tebaida: llegaron a contarse en vida del fundador 20.000 monjes.

La hermana de éste, siguiendo su ejemplo, fundó en la otra ribera del Nilo convento de monjas, a las cuales dió San Pacomio reglamento semejante al suyo.

Terminó su vida el año 248 a los 70 de su edad, habiendo permanecido 35 en el monasterio de Tebana.

JACULATORIA:

¡Antiguo Cenobiarca!, ¡que al legislar la vida en común de los anacoretas, hiciste de cada monje un pebetero; y en holocausto espiritual ofrendaste a tu dios pira gigantesca de oración, que en incendio de perfumes alumbró por muchos siglos los desiertos de Tebaida!

¡Concede al suplicante, que, Cenobiarca en afectos de mujer, ofrezca como tú al Dios Amor y en holocausto de cariño, pira de incendios pasionales que alumbre las estepas de la Tebaida que en el alma lleva! Amén.

XXII

LA HUNGARA

Hija, esposa y madre de reyes, usó de la industria de tal en la piedad y el sacrificio.

Isabel, grande como reina de Hungría, y grande también como cristiana no se sabe en qué brilló más: porque en esto de amar a sus súbditos y ejercer la caridad, andaban tan a una sus voluntades de reinar y de servir, de modo que la una voluntad no viene a mengua en cotejo con la otra.

La presencia de su dios enclavado en el madero y de espinas coronado, llevaba tanto dolor y respeto al ánimo de Isabel, que un día, trayendo a cuento la tragedia del calvario, cayóse desmayada: nueva Esther a la vista del imponente trono del rey su amo y su señor.

Cierto día que su esposo la aguardaba para sentarse a la mesa, y no teniendo a mano otra cosa que dar que su real manto, cubrió con él la desnudez de quien lo hubo menester.

Sabido esto por el rey en seguida demandó la verdad: allí está colgado, respondió la Santa.

Fuese a él, lo vió, lo reconoció y lo palpó; quedando con todas veras comprobado el hecho leyendario.

La labor de sus manos cuando la de reina y de mujer piadosa la dejaban en libertad, no era de oro y seda cual se aviene con manos principescas; era humilde tal que su espíritu de caridad: hilaba lana para la urdimbre del tosco paño de los pobres, y zurcía vestidos rotos de sus enfermos.

El año de 1225 como sobreviniese grande hambre en sus estados, multiplicó su caridad a medida de aquélla, y cuentan, el cuento que no le tiene, de que un día de invierno y también de hambre, al ver a un niño que acaso estaba a la puerta de un tugurio, y que en vano exprimía el enjuto seno de la madre moribunda, tomó en sus reales manos la rubia cabecita del pequeñuelo, llevóle a su materno seno y dióle de amamantar.

Erase que se era madre no de sus hijos solos, sí que también de los hijos de los pobres y abandonados.

Al pie de unos cuantos días murió su esposo en Otranto, a punto de partirse a luengas tierras en empresa de cruzados.

El gobierno de un su cuñado siguióle causa por disipadora de las rentas públicas.

Una vez despojada y arrojada de palacio nadie quiso recibir en su seno a la que enantes era madre fecunda en bienes para todos.

El temor a las persecuciones del nuevo rey, a

quien amparase a la viuda destronada, llevó crueldades a el ánimo de los hombres.

La cobardía ahogó todo principio generoso.

Y vióse hogaño mendigando y confundida con gentes de mala ralea, a la que antaño fué alegría y sol esplendoroso en el trono de los reyes húngaros.

Menester era el ir vestida de ricas preseas de caridad; cuales atañen a un alma cristiana con todas veras para no dar al través con la humildad y resignación. En este manto se envolvió la Isabel de Hungría.

Los que veían el rostro de la real pordiosera, hallaban con sorpresa que la real magestad y buen humor entraban en ella y salían también de ella como de antes.

Por donde se daban a entender que Isabel era igualmente reina en la desgracia y en la opulencia.

Bien podía ella exclamar lo mismo que el Apóstol: "sé de la abundancia, y también de la estrecheza sé; y siempre he sido igual puesto que me anima el espíritu de Cristo."

Con tales armas desarmó a sus enemigos. Recibida que fué su dote la repartió entre los pobres.

Luego al punto vistió el hábito de San Francisco.

Hízose construir choza humilde cerca del castillo de Marpurg, el cual castillo era su palacio de cuando reina.

Y allí en medio del cilicio, penitencia y oración terminó su vida; ésta era de edad de poco más o menos de 24 años.

Los cuatro últimos fueron de tormentos y tribulaciones para el alma de Santa Isabel.

A orillas del Sena en la capilla de Roche Guyon se venera parte de sus restos, hoy reliquias milagrosas.

Y en Bogotá su cabeza. Llevada fué el año de 1574 por el segundo Arzobispo de Santafé, Fray Luis Zapata de Cárdenas, regalo que le había hecho la Reina de Castilla Doña Isabel de la Paz, cuando era Provincial de San Miguel. (1).

JACULATORIA:

¡Húngara hermosa! ¡Cubre con tu manto de piedad el corazón del suplicante, a fin de que el hielo del desamor no entre nunca en él, antes de terminar sus cortos días sobre la tierra!

¡Oh tú, que hiciste de madre del pequeñuelo aquel que se moría a las rigurosas manos del frío, hambre y abandono! ¡Haz que quien te ruega encuentre siempre en los recodos del camino, piadosa mujer que calme con su fecundo seno la sed de sus angustias! Amén.

Cúcuta de 1915.

---

(1) *Flórez de Ocariz, Preludio, pág.* 132; *y Papel Periódico de Bogotá, Número* 32, pág. 122.

XXIII

EL EXTATICO

Miguel de los Santos nació en Cataluña en 1591.

Un día, mientras sus compañeros infantiles se divertían jugando, él se arrojó desnudo entre zarzas y cambroneras despedazando con las espinas su impúber desnudez.

Martirio imaginado por San Francisco y otros santos pero en edad adulta.

De allí adelante continuó sus ensayos de penitencia de tal modo, que su túnica inconsútil de santidad fué una continuación de la blanca túnica del niño.

A los 16 años entró en el convento de los Trinitarios Calzados de Barcelona; y el siguiente, no satisfecho con la disciplina de éstos, se fué al de los Descalzos de Pamplona.

Pasó a Valladolid adonde le llevó su inclinación

al estudio. Allí se hizo predicador cosechando opimos frutos debido a la persuasión de su palabra.

Con frecuencia durante el sacrificio de la misa se incendiaba su rostro, y enajenando sus sentidos se quedaba en extáticos coloquios con su dios; también sucedía cosa igual en sus sermones; y fueron muchas las veces que el público le contempló con los brazos levantados, los ojos en patético ademán y el pensamiento fijo en las Alturas.

Ingenioso en tormentos y cilicios, apenas daba al reposo hora y media sobre sarmientos y una piedra por cabecera; dejaba de tomar alimento hasta por espacio de ocho días, y se torturaba con arte y sin piedad.

Los pies descalzos en la crudeza del invierno; para sus piernas y brazos finas mallas de alambre; sobre el tronco gruesa cadena de bronce hasta por tres veces; cubría los hombros con plancha de acero y con cruz de hierro las espaldas.

Mallas, cadena, planchas y cruz estaban erizadas de púas de metal, que encarnadas en su cuerpo hacían de éste una úlcera sanguinolenta y pútrida.

La sola cruz tenía 150 puntas afiladas.

Miguel fué un artista del cilicio para el tormento de su cuerpo; desplegó su ingenio cual despliegan el suyo los verdugos en su oficio de tales.

Eran sus éxtasis y sus torturas elocuente mani-

festación de su hambre y sed inextinguibles: experimentar todos los tormentos de los mártires todos, y sentir todo el amor de los amantes todos de Jesús.

En Miguel, cual acaece en todos los atormentados de pasiones humanas o divinas, a medida que aumentaba el rigor de sus martirios y el fervor de sus coloquios, ardía en deseos de convertirse y fundirse al mismo tiempo en los unos y los otros.

Con voluptuosidad de quien goza en la tortura se le oía exclamar: "hoy, mi dios, te quiero y sufro más que ayer y menos que mañana," lenguaje peregrino del amor.

En su último sermón y durante su último éxtasis enfermó de amor, como la Sulamita del Cantar de los Cantares: de allí le llevaron al lecho de la muerte.

Duró su vida mortal 33 años; 26 de éstos fueron de cilicios, éxtasis, conversiones y piedad.

Pocas veces se han unido tan fuertemente en pecho de varón, la piedad para con los demás y el rigor para consigo mismo.

JACULATORIA:

¡Extático Miguel! ¡Artista del cilicio que, hambriento de torturas y sediento de amor, supiste de la hambre insatisfecha y de la sed inextinguible!

¡Concede al peregrino calmar su hambre y apla-

car su sed, en el cántaro de aquella Samaritana que en cierto día, a la vera del camino y cabe el brocal del pozo de Jacob, le demandó de hinojos: pan para su hambre, y agua para su sed! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXIV

LA SIERVA

Lo fué no sólo de su dios sino también del ciudadano Fatineli, a quien tuvo de servir en su casa de Luca durante 58 años.

La vida de esta mujer de humilde condición, que vivió ocupada en oficios más humildes aún, prueba que hay santidad en el exacto cumplimiento de los deberes de cada quien.

Aborrecida, maltratada, calumniada por sus compañeros de servidumbre, nunca sus labios exhalaron queja inútil, y llevó a cabo la tarea de la vida como ordena Pablo, el Tarso, sin murmuraciones y sin vacilaciones.

Severa en sus labores se excedió a sí misma; con esto desarmó la antipatía de amos y de criados hasta que se tornó en admiración justiciera.

Pero Santa Zita sufrió con el homenaje que hacían a sus méritos de sierva, pues que perdía de ese modo la mortificación que diariamente ofrecía a su

dios, ocasionada por los desprecios y duro tratamiento que recibía.

Su principal cuidado fué el de no ocupar puesto alguno en la cómoda ociosidad. La constante labor en sus manos y el pensamiento fijo en su Jesús, laboraron riqueza para sus amos; y de la tosca arcilla de sierva cinceló un vaso de alabastro, que encerró ungüentos piadosos, esencias de casto amor y perfumes de santidad.

Ungía con estos dones los pies del Salvador, cual hábil perfumero de Sátrapa oriental que confecciona aroma, nardo y mirra para la unción del cuerpo de su rey.

Hizo voto, y lo cumplió, de no mirar nunca el rostro de varón; Luis Gonzaga lo hizo siglos después, de no mirar el de mujer alguna.

Su castidad corrió parejas con su mansedumbre: ni fué manchada aquélla por la sombra de pensamiento impuro, ni ésta desmentida fué por sofocos de soberbia o de ira involuntaria.

En los quehaceres manos invisibles completaban la tarea, cuando para su ya provecta edad era brumadora la labor.

En ocasiones halló amasado el pan que preparaba, y dispuesto para las hornadas.

El pozo de Santa Zita que en las cercanías de Luca se venera, recuerda que un día, igual al que Jesús en las bodas de Caná convirtió el agua en vino

para el banquete, ésta lo hizo para un pobre convaleciente.

Sus labios nunca se mancharon con la censura de ajenos actos, aunque éstos fuesen de los criados sus calumniadores.

Todo lo que hacían los demás era justo y bueno para ella.

Su ascetismo no quedó en zaga de su abstinencia y cilicio corporal.

El día que murió, año 1272 y a los 70 de su edad, cuentan que un resplandor iluminó la casa de sus amos.

Sobre su tumba, en capilla de San Frigidiano, y adonde van los Lucanos en épocas de calamidad pública a impetrar su protección como patrona de la ciudad, desciende el mismo resplandor siempre que le es permitido de su dios acudir en auxilio de sus creyentes.

JACULATORIA:

¡Humilde sierva de Jesús, que al igual del Amo convertiste el agua en vino! ¡Concede esa tu virtud a las palabras del suplicante, a fin de que la mujer halle siempre debajo de su lengua el dulce vino que embriaga el alma y los sentidos!

¡Sierva de Fatineli, que tuviste el raro privilegio de hallar justo y bueno todo cuanto hacían los demás!

¡Infunde en un rayo del resplandor que cae sobre tu sepulcro, ese privilegio tuyo para encontrar como tú, lógico y razonable todo lo que hace todo el mundo! De modo que el versículo de Job, "ninguna cosa sucede en la vida sin motivo", ¡venga siempre a sus labios ante todo acto humano! Amén.

XXV

EL BIBLICO

Este violento hombre de pasión, luego que en Roma, adonde fué enviado de Iliria por su padre, hubo de ilustrarse en lenguas y retóricas, entró de lleno por la estrecheza del ascetismo religioso, y para ello tuvo de asirse, en corajudo empeño, de la abstinencia, cilicio y oración los solos tres auxiliares poderosos que acallar logran las voces interiores de la carne.

Ansioso de saber determinó de viajar y las Galias, Tracia, Ponto; y Galicia, Capadocia y Alejandría teatro fueron de sus peregrinaciones en pos de conocimientos.

Buscaba desiertos para en ellos a fuerza de oración, y estudios en diversas lenguas, sofocar los espíritus lascivos que él creía le congojaban, con la desnudez de sus visiones, en pena del pecado de la primera juventud.

En su celda de Calcidia estando a punto de des-

fallecer a golpes de rigurosos cilicios, llegóse a él un león herido que venía en desmayo a causa de la sangre que vertían sus heridas.

Puso vendaje a éstas y desde aquel punto fué su compañero en los desiertos. Los artistas en sus lienzos, junto a Jerónimo en oración, pincelan un león que en actitud como de hinojos parece implorar, al igual de su hermano el torturado, beneficios de su dios.

Y andando de ceca en meca y de zocos en colodros en busca de lo que hallar no pudo nunca, y domando lo indomable por evitar lo inevitable, llegóse a la mitad de la jornada de su vida al pueblo de Belén en Palestina.

Era de hasta edad de medio siglo.

Quiso ver por vista de ojos los Santos Lugares que sirvieron de cuna, campo de acción y suplicio al Redentor. Y quien debía llevar a cabo alta empresa de ingenio fijóse en las campiñas de Belén hasta su muerte.

Paula y Eustoquia, hija y madre de ilustre alcurnia romana, acompañaron a su padre espiritual a su última morada.

Hombre de pasión quiso para hacerse a méritos mayores, hallarse siempre junto a la carne tentadora, y sin huírla, y en corajudo empeño de varón tenerla al alcance de su mano, de modo de hacerse más recia

la batalla pues tuvo de sofocar, en compañía de la hembra, sus indomables espíritus mundanos.

Y cuentan que sus ojos cerrados fueron para siempre cuando de morir tuvo, por manos de patricia, joven hija espiritual de El Bíblico Jerónimo.

Fué grande amigo, admirador y admirado al mismo tiempo de Gregorio El Nazianceno, y de Agustín El Convertido.

Aprendió de viva fuente el hebreo para comprender los libros del viejo testamento, el caldeo para las crónicas de Tobías y Judith, y el griego para la versión toda de los setenta.

Enriqueció la literatura de los pueblos con la traducción en clásico latín de las Sagradas Escrituras, conocidas con el nombre de la Vulgata.

Y a fin de darse mejor cuenta de las Epístolas de Pablo, fué a Tarso y aprendió allí las versiones de la lengua que hubo de hablar el Apóstol.

Apologista formidable combatió con valor y con violencia las para él herejías de sectarios.

En sus cuarenta años de señero consagrado al estudio y penitencias, conoció San Jerónimo de cómo se llega más tan aína a aprender lenguas, a traducir libros, y a escribirlos antes que a sofocar instintos poderosos de la carne.

Y todo vino a cuento en la fineza de su negocio: avínose la pesadumbre del cuerpo con la tentación

del espíritu, y entrambas a dos corrieron parejas con sus flagelos sobre aquel torturado del desierto.

A la plenitud de las físicas dolencias, servíale de colmo la impureza de sus visiones: estas furias del desierto le hacían echar de menos las bellezas que fueron solas para vistas en Roma; y los placeres que fueron para vividos y sentidos echados menos también le fueron.

Cuando al final de la jornada se miraba Jerónimo su cuerpo ulcerado, y por completo descarnado a violencia de cilicios, bien se sabía él el por qué de las insurrectas tentaciones: ¡no nace de la carne este deseo que llaman carnal, sí que surge vital y poderoso del alma misma que se encarna en medulas y neurones de los huesos y los nervios!

Era de hasta edad nonagenaria cuando terminó sus días en el monasterio de Belén; primer cuarto del siglo V.

Lleno fué éste de su nombre; y la Vulgata se vulgarizó de tal manera que la historia del pueblo hebreo, desde Moisés hasta Jesús, ha pasado de mano en mano a través de las edades.

Este esfuerzo sobrehumano de San Jerónimo en los desiertos, de sofocar lo que humanamente brota en los humanos pechos, es argumento que el arte ha hecho inmortal en mármoles y lienzos.

JACULATORIA:

¡Oh Jerónimo! ¡El torturado del desierto! ¡Que apuraste hasta las heces la copa del cilicio creyendo sofocar el supremo deleite de la vida, que en labios de mujer dejaron los dioses a los hombres que sirviese de consolación, o de nepenta a los dolores!

¡Tú, que asaz supiste de esas ansias, aviva las que nacen en los neurones y medula de quien te impetra!

¡Que no llegue nunca al suplicante, el día triste como el que más del santo rey David, que ni al calor de la hermosa Abisag tornó a libar el presente de los dioses, que en copa deleitosa le ofrecía la doncella de Sunán! Amén.

XXVI

EL CALABRES

Para el año 1435 en un peñasco junto al mar, y horadada en roca viva había una celda en la Calabria; habitación de un joven ermitaño.

A los 19 años tenía celebridad de anacoreta; trataba de emular en penitencia a los de la antigua Tebaida.

El misterio de su retiro frente al mar, fué rompido por las súplicas importunas de compatriotas que ansiaban ser discípulos suyos.

Cedió a la demanda de la impertinencia mística y fundó allí mismo las bases de nueva religión.

Tuvo aparición de San Francisco y alentado con ello empezó la obra del monasterio.

Como todos los pueblos del contorno tomaron parte en el piadoso empeño, en pocos años quedó terminada la tarea.

Daba aliento a la labor los hechos miraculosos del Taumaturgo calabrés.

Las llamas de hornos encendidos respetan la orla desflecada de su hábito; peñascos que amenazan sepultar el edificio, cambian de rumbo a su mandato; nuevo Moisés, golpea las peñas y éstas brotan agua para sus trabajadores; necesita pasar a Sicilia y no teniendo barco, extiende su capa, y cual otro Jesús, atraviesa las aguas del estrecho.

Oráculo de su época anuncia, lo mismo que los profetas de Israel, sucesos de hombres y de pueblos.

Temerosos los Calabreses de su enemigo el Turco, acuden a él, y alentados con su brío logran expulsarle de la Calabria. El Rey Católico oyó de sus labios la conquista de Granada, y la profecía del Taumaturgo fué escudo del combatiente.

En medio de tantos prodigios fundó la orden de los Mínimos.

A los tres preceptos de los Franciscanos agregó un cuarto, la perpetua abstinencia.

Sixto IV quiso conocer el santo varón de las leyendas y al tratarle, comprendió que sí era grande el calabrés Francisco de Paula.

El emisario del rey de Nápoles que llevaba, a causa de intrigas, orden de apresarle, quedó desarmado a su presencia.

Su fama tramontó los Alpes. Luis XI de Francia que se hallaba enfermo en su palacio de Plessis, le llamó a su lado para el prodigio de la salud perdida.

Francisco de Paula que no era de arcilla de

cortesanos sino de profetas, habló en lenguaje sentencioso: " he venido no para alargar tus días sino para ayudarte a bien morir."

Carlos VIII, el sucesor de Luis, le dió su real protección a fin de que fundase en su reino conventos para su orden.

Pronto recibió el beneficio en pago de su generosa hospitalidad.

Contribuyendo en mucho, con su aliento inspirado, al triunfo de las armas de Carlos en las jornadas de *Saint Aubin* y de *Fornoue*.

También a su mediación de hombre eminente debió Francia la adquisición del ducado de Bretaña, por la alianza que hizo el rey con la duquesa Ana, heredera del estado.

En la corte de los papas y los reyes, su vida de abstinente mortificado no cambió en punto alguno a la del asceta del peñasco calabrés.

De los 90 años que duró su vida, 70 consagró a su obra; y cuando murió en Plessis, cerca de Tour, sus ideas se extendían por Italia, España, Francia y Alemania.

Cincuenta y cinco años más tarde los Hugonotes profanaron sus restos, y en pira de sacrilegio, sirviendo de leño el crucifijo del convento, los incineraron.

En Paula, su pueblo natal, se venera su hábito

viejo y raído que sirve, en días de conflicto público, de *palladium* protector.

La vida de San Francisco de Paula quedó gravitando en el platillo moral de la balanza pública, para cuando se liquiden las maldades de sus compatriotas, los bandoleros de la Calabria.

JACULATORIA:

¡Ilustre Calabrés, a quien nada ni nadie hizo cejar en tu virtud de luchador, ni entibiar en punto alguno el ardoroso empuje de tu fe!

¡Alienta tú, Francisco de Paula, el corazón de quien te ruega, de modo que nunca desfallezca en la lucha por la vida, y asido de tu manto pueda caer de frente al sol!

¡Envuelve entre los pliegues de ese tu manto desflecado, cual túnica incendiada en ardores de fe a la bien amada, a fin de que avive en ella con ahínco y a todas horas, el aliento que tenga de sentir por el amor del suplicante! Amén.

XXVII

LA DESOLADA

Esta hermosa florentina, hija del Gobernador de Cortona, comenzó a los doce años a gozar de la voluptuosidad del dolor; esposa del divino Jesús y enamorada de sus tormentos, ingenió corona de espinas que apretó fuertemente sobre sus sienes, hasta que el éxtasis del dolor embargó por entero sus sentidos.

A los 16 años entró en un convento de donde la hicieron salir a poco tiempo. Al cabo de tres años de luchas con sus padres consiguió el logro de sus deseos.

Vuelta definitivamente al convento, y habiendo rompido para siempre con el mundo, trocó su nombre por el de Magdalena e hizo del claustro su sepulcro.

El fuego del amor divino en que ardían su alma y sus potencias, frecuentemente la mantenían suspensa en extáticos coloquios; y en larga sucesión de horas permanecía fuera de la vida en transportes de místicos arrobos.

Pero un día, las rebeldías de la carne se hicieron sentir en este lirio de pureza; y por espacio de cinco años las tentaciones de todas las impurezas, y los deseos sensuales de pasiones, aun desconocidos para ella, soplaron como un simún devastador sobre su alma.

Abandonada, desolada, llena de tedio mortal para la oración, la piedad y el sufrimiento, el disgusto de la vida llenó la boca suya de congojas repletas de amargura.

En la sequedad del aislamiento de la gracia, y en la aridez del abandono de su dios, no cesó un momento de implorar los favores que el cielo le negaba.

Al final de estos cinco mortales años pasó la tempestad, y vinieron con la calma las horas tranquilas del amor de su Jesús.

Testigos de la revuelta que en días de tormento tuvieron sus pasiones, la acompañaron en el resto de su vida físicas dolencias, las que lentamente fueron minando su organismo.

Semejante a una lámpara que extingue su luz al pie del ara, una vez consumado el sacrificio y el combustible del *oleum* consumido, así terminó sus días Magdalena de Pazzis, a quien el fuego del amor de Cristo incendió su envoltura material, cual si fuese estopa resinosa al contacto de la lumbre.

JACULATORIA:

¡Bella Magdalena de Pazzis, que en congojas de tedio mortal supiste de aislamientos, de dudas, y desencantos! ¡Conforta a la bien amada a fin de que el frío de esas nieblas no entumezca el corazón!

¡Tú, La Desolada, que apuraste la copa de amargura cuando abandonada de tu dios, desgranabas en silencio el rosario de tus cuitas! ¡Asiste a quien te implora para que nunca, mientras viva, sienta en su alma el abandono del Dios Amor! Amén.

XXVIII

EL MORTIFICADO

Fué un patricio romano hijo de rico senador, que recibió el nacimiento de su hijo cual fruto de oración y de piedad, dada la esterilidad de su compañera.

En poco tiempo adelantó en ciencia y en virtud; precisado por su padre a tomar estado se desposó con doncella rica en todo y linajuda como él.

En la misma noche de sus bodas a semejanza de Abraham, El Solitario, abandonó el hogar; había rompido, de acuerdo con su dios, con todos los afectos del corazón y con los intereses todos del mundo.

Para violentarse más en su lucha interior y hacer más meritorio el acto, esperó el enlace con hermosa mujer a fin de agregar la mortificación de esposo a las naturales de hijo y de patricio.

Un buque desde el puerto de Ostia le llevó al Oriente. En Edesa comenzó su vida de mortificación: mendigo vagabundo y harapiento era insultado, mofado, escarnecido por las calles.

Con dificultad le daban, después de los oprobios, un pan para su hambre. Mientras más despreciado se veía, mayor era el gozo de su alma.

Buscaba escarnios, burlas y humillaciones para imitar en algo a su Maestro.

Hizo de la puerta de una iglesia su refugio ordinario. Cuando no pedía limosna hacía oración.

Las noches las pasaba debajo del dintel, sobre la dura tierra y bajo la luz de las estrellas.

Deseando no ser descubierto se mortificó de tal manera, que cambió de rostro y de costumbres hasta llegar a encanallarse.

Voz misteriosa anunció que el mendigo de la iglesia era acepto al dios de ésta; y al ver que los dicterios se habían trocado en reverencias, dejó Edesa y se embarcó para Tarso.

Los vientos le llevaron de tempestad en tempestad por derrota opuesta al mismo puerto de Ostia.

Una vez allí resolvió ir al paterno hogar y en él vivir como un pobre extranjero.

Nuevo género de mortificación inventado para mortificarse aún más, en las que latentes sentía voces interiores de la sangre, de la carne y de abolengo ilustre.

Corrió Alejo a su padre Eufemiano y le suplicó en nombre de su dios, un rincón en su palacio para guarecer en él su cuerpo y sus andrajos.

La piedad del senador cristiano dió asilo al hijo suyo disfrazado de mendigo.

Debajo de la escalera del principal un cuartucho oscuro le sirvió de celda. Los criados, que recibieron orden de cuidarle, sólo le daban mendrugos de pan sazonados con injurias; cumplían el mandato del amo con repugnancia servil.

Cada insolencia de éstos era un nuevo triunfo para Alejo.

Pero en lo que más se mortificaba era en la tristeza que veía a todas horas en los rostros de padres y esposa que, inconsolables, suspiraban por su ausencia.

A estas mortificaciones del espíritu agregó las corporales: ayuno, cilicios, oración y penitencia. Artista inteligente en toda clase de mortificaciones, al golpe del cincel formó, en el lento espacio de 17 años, y de tosca piedra de hombre, la estatua milagrosa de El Mortificado San Alejo.

Ya para morir escribió quién era él y cuál la historia de su martirio.

La misma voz de Edesa anunció a Eufemiano, que se hallaba con el Papa y el Emperador, la muerte de un Santo, el pordiosero refugiado en su palacio.

Fueron allá y le hallaron muerto tendido sobre el suelo.

En el escrito que tenía en la mano vió ser su hijo

el mendigo que, durante 17 años, había vivido de pobre extranjero en su misma casa.

Hoy se encuentran en el monte Aventino restos del palacio de Eufemiano, convertido por los fieles, a fines del siglo V, en iglesia de San Alejo.

JACULATORIA:

¡Oh Alejo, que tuviste valor para alejar de ti toda sensación de la carne, y todos los sentimientos de la sangre y de abolengo ilustre!

¡Aleja del suplicante las tentaciones del mundo y de la carne, siempre que éstas sólo sean pretensiones redículas y necias!

Y de su lengua, ¡aleja oh Alejo, la natural propensión del hombre que tiende a censurar lo que del hombre nace!

¡Oh Alejo, aleja bien lejos a tu hermano en las mortificaciones, de las cosas tristes y necias de la vida! Amén.

XXIX

LA AFRICANA

El año 332 vino al mundo en una ciudad del Africa, Mónica, la madre de Agustín el convertido.

Una criada la amonestó un día, siendo aún niña, porque se hallaba trastornada a causa del vino: tenía inclinación natural a la embriaguez.

Bastóle la sola reprensión de la sierva para ahogar en sus entrañas el instinto vinoso. Cosa imposible para tantos hombres.

Fué dada en matrimonio a un rico ciudadano de Tagaste, contando con su influjo para convertirle al cristianismo.

Patricio, su marido, era dominado por la cólera y la incontinencia, las que supo sojuzgar la inteligente esposa por medio del amor, del silencio y la paciencia.

Cuando le hablaban sus amigas del humor inaguantable de sus maridos les decía: la mujer casi siempre es la responsable. Para aplacar la cólera y domar el mal genio de los hombres, no hay nada me-

jor que el silencio y la prudencia. La sumisión debida a ellos nos lo impone. El contrato matrimonial es oneroso a la mujer, pues exige de ella el saberse amoldar a los defectos del marido. La que sepa callar conseguirá corregir las brutalidades geniales de los hombres.

La santidad de Mónica, al par del cumplimiento de sus deberes, no sólo corrigió a Patricio sino que le hizo cristiano.

Santa Mónica debe ser la protectora, pero con ánimo de imitarla, de todas las mujeres que tengan por maridos a hombres coléricos y licenciosos.

A poco tiempo murió su esposo. Mónica aumentó en piedad y se consagró al cuidado de sus tres hijos, siendo Agustino el primogénito; éste la hizo trasladarse a Cartago para su educación.

Su talento despejado unido a un natural impetuoso encenagaron su juventud atormentada. De los lugares del vicio en las calles de Sagaste y de Cartago era recogido por sus compañeros de orgía: el vino, herencia materna, y la sensualidad, herencia de su padre, flagelaron por muchos años su cuerpo adolescente y varonil.

A sus pasiones agregó los errores de su inteligencia. En Cartago se hizo maniqueo. Y en cátedra de alumnos explicaba la secta del persa Manes, consistente en dos principios: uno el del bien, la luz; y

otro el del mal, las tinieblas. Así demostraba la existencia del bien y del mal que existen tan unidos en todas las cosas de la vida.

Cansado de Cartago pasó a Roma. Tenía para entonces treinta años. Allí estuvo próximo a morir por motivo de enfermedad.

La noticia de ésta en tierras lejanas aumentó en la madre la plegaria, la que humedecida en lágrimas de amor no cesaba de remontarse al cielo implorando la conversión del hijo pródigo.

De Roma pasó a Milán. En ésta el cansancio de su vida tumultuosa atosigó su corazón y su cerebro. Y ejerciendo su influjo la intervención milagrosa de la madre, sintió dentro de sí mismo renacimiento de un nuevo hombre.

¡Habíase verificado la conversión de su vida pecadora!

Tenía Agustín para entonces 33 años. La satisfacción de Santa Mónica, que se había reunido con él en Milán, fué inmensa: igual sólo al continuo padecer que por espacio de veinte años y en súplica de hinojos, hostigó en sus labios al impetrar de su dios el cambio de vida de su hijo.

Pronto partieron para Cartago. La muerte llegó a la madre en Ostia, puerto romano. Tenía 56 años. La mayor parte de éstos fué consagrada al amor, a la piedad y a la mudanza de las costumbres licenciosas en los suyos.

JACULATORIA:

¡Santa Africana, que a fuerza de virtud conseguiste la conversión de tu hijo, el disoluto Agustín y filósofo maniqueo, en Padre de la Iglesia y en Aguila de Hipona!

¡Concede, oh Mónica, a la santa mujer madre de quien te implora, que pueda regocijar su alma, antes de terminar su vida mortal, con la conversión de su hijo el pecador! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXX

EL JUGADOR

Camilo de Lelís, hijo de un militar y de mujer estéril hasta los 60 años, nació cerca de Nápoles en 1550, en un establo y con dificultades a causa de la avanzada edad de la parturienta.

Hasta los 19 llegó sin aprender nada de provecho: el juego y sus consecuentes compañeros, alcoholismo e incontinencia, le dominaron por completo.

Luego se alistó entre los Venecianos para guerrear contra los Turcos. Su vida atormentada por enfermedades, naufragios, propósitos de enmienda y recaídas, le llevó a la mendicidad por haber perdido hasta el último maravedí.

Entró a servir en el convento de Capuchinos de Manfredonia; allí las palabras del padre guardián le hicieron cavilar durante algún tiempo; y un día la luz de la gracia iluminando la senda oscura que transitaba, le descarnó, con sus rayos de ciencia mila-

grosa, la fealdad de sus errores, y arrepentido del pasado se hizo Capuchino. Tenía 25 años.

Una llaga, secuela del pecado, renovósele a causa del roce del hábito; y dejando el convento buscó asilo en un hospital de Roma.

Allí conoció a Felipe Neri, quien le hizo ver que no podía continuar de Franciscano por ser la úlcera incurable.

Le consiguió la mayordomía en el hospital de Santiago, donde se consagró al cuidado de los enfermos. Los de enfermedades más repugnantes atrajeron más su fraternal solicitud.

Notando no ser bien atendidos se propuso formar una congregación para su auxilio, sin tener más recompensa que la piedad.

En unión de nueve compañeros se instaló en el oratorio del mismo asilo, comenzando a dar sus frutos a favor de los miserables.

Los intentos de los dioses, siempre ocultos a los hombres, hicieron que la llaga del pecado, obstáculo a su vida franciscana, le llevase al hospital para en él formar su congregación de enfermeros.

Intrigas de un empleado le fracasaron la empresa al nacer.

Un día, que de hinojos ante el Cristo se lamentaba de su derrota, a tiempo que vió lleno de asombro desclavadas las manos del madero, oyó, no menos

asombrado que le dijo: ¿"de qué te afliges, pusilánime?, sigue tu empresa que yo te ayudaré."

De ahí adelante alentado por aliento vital de inspiración no desmayó en su tarea, hasta que su congregación fué elevada a nueva religión quedando Camilo general a perpetuidad.

Roma, que la peste de 1594 la diezmó en sus habitantes, recibió de San Camilo inmensos beneficios: por todas partes se le veía con sus compañeros socorriendo a los apestados, auxiliando a los abandonados y enterrando a los muertos.

En aquel tiempo, cuando una epidemia azotaba un pueblo, cada casa se convertía en hospital: de ahí la labor de los enfermeros de Camilo de Lelís.

Las ciudades italianas recibiendo en breve el beneficio de esta orden, construyeron asilos de hermanos enfermeros.

Viendo su fundador que la congregación había prosperado, renunció el generalato; y quedó de simple criado.

La humildad del Santo ahogó hasta la débil brizna de ambición personal.

En sus postreros años pasaba las noches a la cabecera de sus enfermos: aliviando al sufriente, consolando al triste y aviando espiritualmente al que partía; semejaba, cabe el lecho del dolor, el ángel de los últimos amores.

Murió a los 65 años, de los cuales pasó cuarenta curando llagas, mitigando males.

Es el abogado de las mujeres que tienen por maridos a hombres jugadores, incontinentes y alcohólicos.

JACULATORIA:

¡Oh Camilo, jugador napolitano, que diste ayer al suplicante aliento para la cura de los mismos males que hirieron tu virtud!

¡Arranca tú, jardinero de humildad, esos brotes de ambiciones e intereses mundanos, que germinan en el corazón del hombre al par de sus envidias y egoísmos!

Ayuda, ¡oh Camilo de Lelís, al hermano que te invoca! ¡Que todas sus pasiones, cual en tu alma acaeció, se conviertan en la sola de amar, ahogando por completo todo cuanto atañe al odio, envidias y ruindades de los hombres! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXXI

LA LUSITANA

Obsesionada desde niña por el martirio bien puede decirse que el día que tuvo de solicitarle, estaba a punto y en sazón de recibirle; ¡por más que se hallaba a la puerta de la juventud sin haber entrado en ella!

Sobresaltada la madre por el deseo vehemente de la hija, y sabiendo del nuevo edicto contra los cristianos, determinó de alejarla de la ciudad; entrambas a dos se partieron para un campo suyo de ellas puesto que eran acomodadas de los bienes de fortuna.

Allí, frustradas fueron las buenas mañas de aquélla en su empeño maternal.

Eulalia, junto con una su amiga y compañera que lo fué también de martirio, regresó a la ciudad, y al punto se presentó al delegado del César.

El cual delegado, sorprendido de la belleza y tierna edad de Eulalia le preguntó en seguida: quién era ella, y quién sus padres eran.

Sabido que venía en busca de martirio cómo de cristiana estirpe, quiso ganarla para hacer de ella rico presente a los amos del Imperio.

Nada que no fuesen suplicios apagar podían la insaciable sed de aquella atormentada del martirio.

Ordenó al punto que cayeran sobre ella todos los tormentos inventados por el paganismo, para ahogar la semilla del árbol de la cruz.

Cuando Eulalia se vió su blanco cuerpo de doncella grabado de roturas por las puntas de los escorpiones, y todas sus partes punto por punto desgarradas y bañadas en su propia sangre, una suprema satisfacción inundó su alma quedando embargados sus sentidos.

El fuego que atizaron los verdugos, y que sirvió de marco luminoso al cuadro de su martirio, sofocóla al punto.

Viéronse sus cabellos descogidos como un manojo de rayos destrenzado, que flamea en ocaso de sol cuando éste tiene de envolverse en incendios de arreboles.

Así consumóse el sacrificio de Santa Eulalia; cumplidos solos 12 años de edad.

San Gregorio de Tour cuenta que en su época había tres árboles que daban sombra a sus reliquias, los que de flores se cubrían por Diciembre.

Como no era propicia la estación para el florecido, estos raros árboles que daban en ciertas horas

exquisito bálsamo, curaban dolencias de quien debajo de sus ramos en flor, y bajo la invocación de Santa Eulalia lograban aspirar de su perfume.

JACULATORIA:

¡Oh bella Lusitana! ¡Doncellita de tierna edad! ¡Deja caer sobre el cuerpo de la amada esas tus flores que fecundó tu sangre de martirio! ¡I conserva en ella el bálsamo que cure con su aroma las angustias del suplicante! Amén.

XXXII

EL CONVERTIDO

Hijo de Santa Mónica y nacido en Tagaste el año 354, fué un atormentado por sus pasiones.

Impuros pensamientos saturados de la impureza de la carne, flagelaron desde la niñez hasta los 33 años su alma y sus sentidos.

Su juventud licenciosa, en compañía de jóvenes disolutos de Tagaste y Cartago, fué escándalo del vicio.

Estimulados por éste, se esforzaba cada uno en recibir de sus compañeros aplausos y alabanzas al final de sus placeres, cual bravos Efebos en lucha de festines.

Y Agustín el más inteligente y orgulloso, sobrepujaba a los demás en el desorden de la orgía.

Elegante, instruído y filósofo fué el más completo mundano de la populosa Cartago.

La filosofía de los Maniqueos que explicaba a sus discípulos, llegó un momento en que no satisfizo al

pensador. Leyendo "El Hortensio" de Cicerón encontró algo nuevo que avivó sus ansias de doctrinas nuevas.

En seguida buscó la fuente de las Sagradas Escrituras; no calmaron ni la angustia de su alma ni la sed de su inteligencia.

Combatido sin cesar por dudas, ansiedades y pasiones dejó Cartago y pasó a Roma y Milán.

En esta última, la vida de la gracia disipando los errores de su inteligencia, y acallando las pasiones de su corazón, le abrió nuevo campo a sus investigaciones filosóficas.

Treinta y tres años tenía para la fecha de su conversión. La palabra persuasiva de San Ambrosio, obispo de Milán, y la lectura de las obras de Platón, completaron el esfuerzo de Santa Mónica, quien, durante la vida crapulosa de Agustino, no había cesado un momento de impetrar de la misericordia de su dios la conversión de su hijo el libertino.

En los tres años que permaneció Agustín en Milán le acompañó su madre, que había venido desde Cartago en busca suya.

Halló en Milán el Thabor de su ascensión: desde entonces el polluelo que peroraba en cátedra de Cartago sobre los errores maniqueos se convirtió en águila, que desde la cumbre de Hipona, ciudad de Numidia, habló al mundo entre el fragor de alas poderosas, de las grandezas del cristianismo.

En el huerto de la casa que habitaba en Milán, bajo la sombra de una higuera, y en lucha consigo mismo venció el espíritu a la carne.

Un torrente de lágrimas que el arrepentimiento hizo verter de sus dolientes párpados, lavó para siempre la mancha de sus vicios.

En medio de su dolor oyó una voz que le dijo: *tolle et lege*, y creyendo ser un aviso del cielo, corrió adonde le esperaba un compañero que leyendo se estaba las Epístolas de San Pablo.

Abrió al acaso, y los versículos leídos le hablaron de su vida licenciosa.

Este pasaje, célebre en la vida de Agustino, cerró el largo paréntesis de su vida libertina.

El huerto de Milán fué para el hijo de Taga , lo que el camino de Damasco para el de Tarso.

Voces interiores hablaron a la conciencia de estos dos grandes pecadores, en el punto inicial de convertirse en dos grandes paladines de la fe cristiana.

Y rara coincidencia: el filósofo mundano de Cartago halló en las letras de Pablo, antiguo filósofo mundano de Tarso, la explicación de las palabras misteriosas que resonaron en su alma.

Cuando Mónica supo de la completa conversión del hijo, llenó la boca suya de alabanzas a su dios, y descansó su espíritu en la satisfacción del beneficio recibido.

Agustín consagró los 43 años restantes de su

vida al servicio de la Iglesia, llegando a ser una de sus más fuertes columnas, conocido con el nombre de El Aguila de Hipona.

La Ciudad de Dios, las Confesiones, y el Tratado de la Gracia hablan de su ciencia y de su fe.

JACULATORIA:

¡Hermano en el pecado! ¡Escucha la súplica de quien te invoca! ¡Concédele llegar a ser también hermano tuyo en la conversión de su vida pecadora!

¡Del foco luminoso de tu cerebro envía débil resplandor que rompa con su lumbre, la maraña de extravíos que pueblan su espíritu y su mente!

¡Haz que sus plantas sean ligeras para el bien, como de cervatillo sediento en busca de la fuente; y que sean pesadas, como de inmóvil paralítico, para todo lo que tienda al mal! Amén.

XXXIII

EL PREDICADOR

Vicente Ferrer entró a los 17 años en el convento de los Predicadores de Valencia, su patria, una vez terminados los estudios de filosofía y teología.

A los 24, en el mismo Instituto de Santo Domingo daba clase de filosofía a los demás frailes. La piedad, la oración y el estudio absorvieron por entero su vasta inteligencia.

En Lérida recibió el grado de doctor en teología; y a los 28, comenzó su vida de predicador, cosechando de ahí adelante hasta su muerte, mieses en abundancia para las trojes de Roma, no sólo en los trigales de Cristo sino en los de las sectas diferentes a su religión.

En los primeros años de su misión de apóstol fué combatido, tal sucede a los grandes domadores de instintos. groseros, con tentaciones múltiples, las cuales supo vencer con las armas de la oración, del cilicio y del estudio.

Una vez victorioso de sí mismo, su verbo de misionero se dejó oir por todos los pueblos de Europa; y en distintas lenguas habló de las grandezas del cristianismo a las multitudes, que ansiosas recogían la miel de sus palabras.

Empezó por los pueblos de España, luego vinieron los de Francia, Italia, Alto Rhin, Germania, Países Bajos e Inglaterra.

Al don de gentes acompañaba el de milagros. En los pueblos que asombró con su palabra de convencido, quedó grabado el recuerdo del santo misionero en las conciencias de todos aquellos que le oyeron.

Los convertidos de sectas y creencias opuestas a la religión del Gólgota se contaron por millares; y por millares también seguían al predicador de pueblo en pueblo, y en las plazas públicas llegaron a unirse hasta ochenta mil.

En los cuarenta años que duró su vida misionera, la abstinencia, el lecho de espinas, la oración y el estudio fueron sus inseparables compañeros.

El reposo de este hombre infatigable no vino sino con el descanso definitivo de la muerte.

Vicente Ferrer, el Apóstol de Europa; Pablo de Tarso, el Apóstol de las Gentes; y Francisco Javier, el Apóstol de las Indias, no conocieron, en su fecunda tarea de predicadores, sino lo más bello de la vida: la acción.

Del púlpito al altar y de éste al lecho de sarmientos. Casi olvidaron las necesidades urgentes del animal: la comida, la bebida y el reposo.

En el último cuarto del siglo XIV y en el primero del XV, Vicente Ferrer fué el oráculo de la Iglesia. Pontífices y Cardenales, Reyes y pueblos acudían al consejo del Santo, y su palabra siempre tuvo el don de persuasión.

Murió en Bretaña en 1419 a los setenta de su edad, dejando ejemplo vivo de lo que puede un hombre que consagra su vida al servicio de una idea.

JACULATORIA:

De tu verbo que convirtió paganos, cismáticos y herejes a la religión del crucificado, infunde un algo de persuasión ¡ch Vicente Ferrrer, a la palabra de quien te invoca! ¡Que sepa implorar en lenguas, pueblos y razas diferentes, las gotas de ambrosía que destilan los labios de mujer; y pueda convertir, al influjo de tu verbo, eriales de olvido en campos de rosas y azucenas! Amén.

XXXIV

LA PARALITICA

Hija espiritual de San Pedro, patricia romana, dotada de la belleza genial de las mujeres del Tíber, joven y de talento despejado floreció en santidad y en lecho de dolor, en el primer siglo de la Iglesia, la hermosa Petronila.

Su casa, habitual hospedaje de Pedro y amigos convertidos continuó siendo, aún después del martirio del Apóstol, el asilo de todos los cristianos y el granero, siempre abastecido, de pobres y abandonados.

Deseando ardientemente Petronila morir en cruz como su dios, fué complacida en parte: una parálisis general humilló el uso de sus miembros y por mucho tiempo vivió muriendo en lecho de cruz.

Pedro un día mandó a la paralítica que abandonase su camilla y volviese a la vida; luego, comprendiendo le era preciso purificarse más en el crisol del sufrimiento, la dejó que continuara en su lecho de amargura.

Ni la santidad, ni la paciencia, ni la belleza de sus formas se amenguaron en nada con el largo padecer.

Consciente de que el flagelo corporal no es castigo a faltas de mujer que no tenía, sino que el dolor es sencillamente el fuego que consume la impureza del metal antes de convertirse en oro reluciente, su faz se iluminaba de alegría intensa.

Semejaba al placer sutil que debe de experimentar el bloque de grosera piedra, cuando al golpe del cincel se transforma en obra inmortal.

A poco tiempo de la muerte de Pedro volvió la vida a sus miembros paralizados. Consagróse más que antes a la oración y a la obra piadosa para con los enfermos y encarcelados, no consiguiendo sus múltiples tareas marchitar aquel vaso de belleza, que cual rosal en los jardines del Pincio, ostenta en primavera la galanura de sus ramas florecidas.

Un caballero romano prendado de su virtud y belleza, pretendióla por mujer. Urbanamente le pidió tres días para responder a su demanda amorosa.

Consagrada que estaba a su divino esposo, suplicóle que antes de pertenecer a mortal alguno ahogase su vida en lágrimas o en sangre.

El fervor de la plegaria fué tan intenso que el tercer día, al pie de los altares y consumida por el fuego del amor, doblóse en el seno de la muerte cual lirio tronchado que se inclina sobre el tallo.

El patricio halló por toda respuesta los funerales de una Santa, en vez de las nupcias de la hermosa que en su anhelo se forjaba.

El sitio donde fué enterrado su cuerpo y que sirvió más tarde para levantar en él cristiano templo, se encuentra fuera de la ciudad en el camino de Ardi, pues según usanza antigua los cementerios quedaban a la vera de las vías públicas y fuera de los muros.

Como esta Santa supo de la aflicción dolorida que en el transcurso de años atormentó su cuerpo paralítico, quedó desde entonces, en la conciencia del creyente, sirviendo de abogada a los que sufren este mal.

JACULATORIA:

¡Hermosa Petronila! ¡Deja caer desde la eminencia donde moras mirada compasiva sobre una mujer que joven y hermosa como tú, permanece en este rincón de tierra colombiana, tendida en su camilla inmóvil, doliente, paralítica!

En su vida de belleza y juventud no tuvo más que una falta: el haber nacido hermosa. ¡Si es que falta constituye en la mujer el don supremo de los dioses!

En recompensa de su impecable vida y de su martirio incruento, que pronuncien tus labios de santidad aquellas palabras redentoras, las mismas que

en los caminos de Judea decía Jesús al paralítico: *¡levántate, toma tu camilla y anda!*

¡Hermosa Petronila! ¡No desoigas el ruego de quien te implora por una hermana tuya, que en lecho de cruz sufre tormentos indecibles! Amén.

Cúcuta, 1915.

XXXV

EL LEON ALADO

Discípulo, compañero y amanuense de Pedro en su tarea de sembrador, cuando éste se ausentó de Roma quedó encargado del cultivo de la viña.

En su ausencia escribió Marcos el Evangelio conforme a lo que había escuchado de labios del maestro.

Era Cirenaico, compatriota del que ayudó a Jesús en la faena de la cruz.

En Aquileya, puerto sobre el Adriático, fundó iglesia de gran celebridad.

El año 49 obedeciendo a San Pedro penetró en la Libia; durante 12 años estuvo predicando en aquellas provincias de gentiles. Siguió a el Alto Egipto, y en ambas Tebaidas fué por largo tiempo sembrador de la semilla evangélica.

Evangelio en mano parecía un leñador que descuajaba con su hacha, forjada por él mismo en los talleres de Cristo, los montes seculares a cuya sombra

adoraba el paganismo sus ídolos de arcilla; y en su lugar sembraba el grano del cristianismo.

En estos desiertos propicios al cultivo, los anacoretas y cenobitas, que vinieron a ellos por millares, cosecharon en abundancia la semilla que regó Marcos el de Cirene.

Como en la parábola del Sembrador en las Tebaidas la simiente dió ciento por uno.

Del Alto Egipto vino a Alejandría, la segunda ciudad después de Roma.

En la cual comenzó su apostolado con la conversión de Aniano, que, de humilde zapatero remendón de las sandalias de Marcos, se transformó, en el corto espacio de dos años y al sentir su ánimo enardecido por la fe, en obispo de la ciudad.

Alejandría fué para el cristianismo semillero fecundo de creyentes donde en pocos años, la abundancia de frutos recompensó el afán del sembrador.

Multiplicáronse los templos, reemplazando por doquiera con el dios crucificado el culto de grosera idolatría.

De aquí salieron armados caballeros de la fe a poblar los desiertos del Nilo, por espacio de siglos, los llamados *Terapeutas*: porque consagraron su vida al servicio de su dios.

Subleváronse los vencidos ante los triunfos de la nueva idea; el tumulto hizo regresar a Marcos al desierto, aprovechando su estada en él para el cultivo

de la vid; luego, alentado el ánimo para el sacrificio que preveía entró de nuevo en la ciudad.

La plebe amotinada echóle una soga al cuello y arrastrado por las calles rególas con su sangre. Pedazos de su cuerpo quedaron insepultos. Así consumóse el sacrificio de San Marcos el año 68 en la ciudad de Alejandría.

Sus discípulos lograron enterrarle en la cueva de Buoleso cerca del mar, adonde iban con frecuencia a orar.

En este sitio y en capilla fabricada a su memoria, se veneraba para el siglo VI el manto del Evangelista, que a manera de *pallium* ostentaba el obispo de Alejandría el día de su consagración.

Apóstol de Egipto dejó grabada su figura San Marcos, con imponencia de pirámide y con rostro de león, en las márgenes del Nilo; simbolizando así la cara derecha de los cuatro animales de que habla Ezequiel en sus visiones. (1)

Su cuerpo estuvo en Alejandría hasta el año 829 que los Venecianos, arrebatándole al poder del Musulmán, le trasladaron a sus lagunas para hacerle patrón de su República.

El viajero al visitar Venecia, y antes de pisar el muelle principal, saluda al león alado de San Mar-

---

(1) *Según San Jerónimo Mateo tiene por atributo el hombre, porque él insiste en la humanidad de Cristo; Lucas, el buey, porque trata de su sacer-*

cos que sobre columna de granito se destaca cerca de El Molo.

Luego visita con entusiasmo de turista plazoleta, torre, plaza y Basílica de San Marcos, esta última construída para guardar sus cenizas.

JACULATORIA:

¡Evangelista que encarnaste visión alada de Ezequiel!

¡Orea con tu melena de león que el viento del desierto en alas convirtió, la simiente que este implorante sembrador siembre en pecho de mujer: para que caiga la semilla en terrenos propicios al cultivo y dé, como tu grano en las Tebaidas, ciento por uno! Amén.

---

docio; Juan, el águila, porque vuela más alto que los otros y habla de su divinidad; y Marcos, el león, porque su Evangelio atestigua sobre todo su resurrección.

La capilla del Palacio Real de Madrid ostenta en sus cuatro ángulos, los símbolos de los cuatro Evangelistas en figuras casi naturales de bronce dorado.

XXXVI

EL DESOLLADO

Humilde de nacimiento, oscuro de condición y tosco de oficio fué este pescador galileo uno de los doce apóstoles; sus gloriosos hechos y su martirio, cruento como el que más, vinieron con el tiempo a ser pregonados de mano en mano por sus verdugos mismos.

Fué el hijo de Talmai, como lo reza su nombre Bartolomé, compañero inseparable del Maestro, y fiel testigo de los prodigios del Taumaturgo de Galilea.

¡Tal vez, y en las tardes de fatiga a orillas del Tiberíades, contemplando las redes de su antigua industria, y colgada el ánima de las palabras del Apóstol, pensó, allá en sus espíritus que el nombre humilde de Talmai, tramontaría sus nativos montes al confin de las edades!

En el reparto que tuvieron de hacer luego de muerto el Salvador, y una vez esparcidos por el

mundo los sembradores de la divina simiente, Bartolomé, apercibido para la empresa que era de suyo asaz violenta, se partió adonde le cupo su tarea armado de punta en blanco como un apóstol doctrinario.

Licaonia, Albania y Armenia fueron el teatro de su palabra evangélica.

Los ídolos de los paganos templos enmudecieron a la presencia del Galileo, y los hombres se convirtieron por millares.

Los sacerdotes del ídolo Astarot y los ministros del de Berit, al ver que entrambos dos ídolos cayeron en tierra, avergonzados de su impotencia ante el verbo persuasivo de Bartolomé, quedaron de concierto de recurrir al príncipe Astiages, gentil que no se avino con las nuevas doctrinas, a fin de darle muerte al hijo de Talmai.

Llegado que hubo el galileo a los dominios de Astiages, en región armenia, determinaron sus enemigos de quitarle la vida de un modo original.

Al punto le desollaron vivo; y viendo que después de este cruel tormento predicaba aún, ¡tajada fué la cabeza cercén a cercén, cayendo en tierra cual silvestre amapola que corta la hoz del segador!

El martirio de San Bartolomé, original de suyo y asaz peregrino, sirve de argumento a uno de los más hermosos mármoles de la hermosa Italia.

El Duomo de Milán, exornado de cerca de 2.300 estatuas de mármol, contiene el San Bartolomé

desollado de Marcos Agrates. Esta sola es de tal mérito que bien se puede visitar el Duomo por conocerla y admirarla.

Levantada la piel que sobre sus hombros y brazos el desollado apóstol lleva pendiente, a guisa de trofeo y con ademán de vencedor, se miran en relieve venas, músculos y tendones con tal precisión que muy y mejor que un mármol, semeja la vivisección de un hombre que desuella mano de hábil cirujano.

Grabado por buril al pie de la estatua se lee: *Non me Praxisteles, sed Marcos finxit Agrates;* no me hizo Praxiteles sino Marcos Agrates. Y quizá tenga mucho de razón la presuntuosa inscripción aquella.

JACULATORIA:

¡Oh tú, El Desollado de Galilea, cuyo martirio quedó inscrito en libros de santidad, y esculpido en mármol de inmortal renombre!

Trepado sobre la pira humeante de las víctimas piadosas, y batiendo el jirón ensangrentado de tu piel como triunfal bandera, ¡anuncia en lenguas de tolerancia a los Astiages de la conciencia religiosa, (1)

(1) *En Colombia existe el problema religioso; hay pueblos donde los sacerdotes se niegan bautizar a los hijos de padres racionalistas por más que sean cristianos.*

que el libro del martirologio está completo! ¡Que hoy el pensamiento religioso tiene derecho a ser libre, semejante al ave que vuela hasta donde llega el empuje de sus alas, sin que un vuelo interrumpa otro vuelo en la inmensidad de los espacios! Amén.

Cúcuta de 1915.

XXXVII

LA PORTUGUESA

Nieta de don Jaime el conquistador y santo, y bisnieta de Isabel la santa reina de Hungría, trajo en sus venas sangre de realeza y santidad.

Vino, pues, envuelta en el rojo manto de los reyes, señores de los hombres; y nimbada de aureola de santos y dioses, señores de los reyes, como decía César el romano, en lenguas de orgullo, hablando de su estirpe.

La leyenda comenzó en su cuna, trayendo su nacimiento la armonía que rompida estaba entre los suyos por intrigas palaciegas.

Las buenas partes de que adornada estaba, y su olor de virtud atrajeron sobre ella demandas reales para hacerla reina.

La obtuvo en matrimonio el de Portugal.

Una vez puesta una por una en la corte de Lisboa, admiró a nobles y cortesanos con sus regios

modales de santidad: en la piadosa reina corrían parejas caridad y penitencia.

En ocasión que visitaba a una enferma ulcerosa, dominando su instintiva repugnancia cubrió de besos las pústulas de aquélla, y al punto quedó curada la mujer.

Este acaecimiento tuvo lugar al pie de unos 70 años, antes que la rosa del milagro floreciese en labios de Catalina la sienesa.

El día aquel que su regazo tuvo florecimeinto de frescas rosas, cuando en éstas se trocaron unas cuantas monedas de metal, quizá, y aun sin quizá, una de las más bellas leyendas nimbó la frente de Isabel de Portugal.

Tal que desde aquel punto la representan siempre con el regazo suyo florecido.

Tras éste vino el de la conversión de su esposo el disoluto rey.

Jamás ni una queja ni un reproche salieron de sus labios; envuelta en su silencio se estaba día y noche impetrando de su dios la conversión aquella.

Y su dios la oyó.

Luego vino el hecho natural y sencillo, pero que sí orea sobre él algo de viento leyendario.

Envidias cortesanas de un paje a otro paje llevaron calumnias de la reina a el ánimo del rey.

Este, presto a escucharlas, como acaece a los

hombres, dió oídos a la invención palaciega, y determinó de perder al servidor de Isabel.

Retrazado en la orden real el intrigado por sus achaques de devoto, llegó a inquirir el calumniador el cumplimiento de aquélla: y al punto mismo pereció en el fuego de la calera equivocadamente.

No bastó el hecho de suyo milagroso para que el rey tomase en cuenta la santidad de su mujer.

Indignado con su hijo, a la sazón rey de Castilla, como Isabel interviniese fué violentamente echada de palacio.

En su retiro adonde llegó resignada, sin echar menos en punto alguno la grandeza de la corte, se bastó a sí misma; y acompañada de sus solas virtudes se halló feliz.

De tal modo que cuando el rey, convencido al fin de quién era su compañera, hubo de restituirla al trono, dejó con dolor y tristeza su amada soledad.

Luego murió su esposo; y ella abandonando honores y riquezas se retiró a una celda, donde terminó sus días en olor de santidad.

Fué el año de 1336 a los 65 de su edad, y a los 105 de la muerte de Isabel de Hungría, cuando tuvo de volver su espíritu a manos del Creador.

JACULATORIA:

¡Santa reina de Portugal! ¡Escucha la plegaria de quien admira tus virtudes! ¡Concede a las pa-

labras de su boca el ser suaves y persuasivas, cada vez que de caer tengan a oídos de la mujer, así cual fueron de frescas y perfumadas las rosas del milagro tuyo!

¡Haz que en sus manos de ella se truequen siempre en rosas de primavera, los abrojos y espinas que el suplicante encuentre en los zarzales del camino!

¡Y que en los labios también de ella, a guisa de enjambradero, enjambren las abejas del amor sus panales de miel y de ternura!

¡Y sea en las rosas de sus rosales, florecidos en su regazo al conjuro de tu leyenda, donde liben aquéllas de su néctar para fabricar con éste la miel de sus panales! Amén.

XXXVIII

EL SIMPLE

De Edesa lo mismo que Abraham El Solitario; noble y de talento cultivado fué, a usanza de aquel tiempo, a visitar con un su amigo los Santos Lugares.

En éstos, teatro de la pasión del Salvador, se inflamó de tal modo el espíritu del Edesano, que comenzó a sentirse con ánimos de consagrarse al dios de los cristianos.

Al regreso, pasando cerca de Jericó, y al ver los monasterios del Jordán, resolvieron de quedarse en uno de éstos definitivamente.

Era de hasta edad de 20 años cuando se hizo monje. Allí permaneció con su compañero por espacio de un número igual, excediendo a los demás en todo género de penitencias.

Acaso un día nueva inspiración le hizo abandonar el convento para ir a las ciudades en busca de humillaciones, aguijoneado por peregrina idea de santidad.

Partióse al punto que concibió el intento; y apercibido para ello dejó su amada soledad y el hasta entonces compañero suyo.

Una vez en Emesa, población siriaca, comenzó a practicar el no conocido género de su locura, que desde aquel punto se proponía laborar a manera de artífice de santidad.

La naturaleza de Simeón El Simple debió de ser acomodada al marco de su locura; que ni echó menos las cosas que abandonado había, ni tampoco echó de menos las que en Emesa diariamente despreciaba.

Se entró por lo más intrincado de la maleza humana, y fué adonde la canalla a cosechar en ella oprobios, burlas y desprecios hasta lograr encanallarse con la plebe.

Entre los muchachos, las mujeres perdidas y todas las clases de vagabundos pasaba por un su camarada lleno de extravagancias, las que atrajeron no solas humillaciones sino que haciéndose el hazmerreir, consiguió tal vez tundas de golpes y de palos.

Al fingirse loco se proponía en su empeño de serlo, hijodalgo e inteligente que era, humillar el orgullo y la soberbia de los grandes.

Luego le vino la idea que por ser el populacho semillero tan acomodado a hallar descarriados, él, aparentando locura diría verdades: y sacando fuerzas de flaquezas se dió a la tarea de corregir, amonestar

e importunar con sus consejos en son de burlas a los vagabundos, borrachos y mujeres perdidas.

Amén de las mortificaciones que su fingida locura debía de proporcionarle, no eran menos las que en el silencio de su celda él mismo se buscaba.

Azotes y cilicios no le iban en zaga al ayuno y oración.

La locura que le servía de guardar su propósito de altruísta debió de acompañarle hasta morir.

Soportó todas las calumnias y vilezas de la canalla sin nunca estar a punto de descubrirse, por más que ésta le abrumase con el fardo de aquéllas. Su secreto de cordura y su piadoso intento no eran cosas de las que él temía que se pudriesen de guardadas.

Y cuando una del partido hizo público que el fruto que llevaba en sus entrañas era de Simeón, El Simple ni tan siquiera trató de desmentirla, sino que puesto a su talante confirmó de suyo la calumnia.

En esto de humillaciones de viles gentes ninguno ha ido más allá que Simeón.

Todo cuanto en la canalla sirve de encubrir los malos instintos de la bestia humana, agobió, junto con éstos, el dorso de El Simple en su locura de santidad.

Cuando tuvo de morir, descubrióse a un su huésped, suplicándole a trueque el secreto inviolable de su vida.

Y la jamás como se debe admirada locura de

Simeón, quedó en testimonio de hasta donde llega el hombre cuando una idea se apodera de su espíritu y su mente.

Granos de locura, simiente de genio, o semilla de santidad todos germinan, florecen y fructifican cuando caen en terreno abonado semejante al de El Simple edesano.

JACULATORIA:

¡Oh, tú Simeón, que bajo el disfraz de la locura y encubierto con el velo de la simpleza, lograste llevar a el ánimo de las gentes palabras de consuelo y redención!

Que las del suplicante dichas al oído de mujer con la pertinaz constancia de importuno amor, aunque se tengan por simplezas y locuras sean, ¡oh Simeón El Simple, oídas y escuchadas siempre! Amén.

XXXIX

EL EMPARRILLADO

Aquel día del año 258 que en Roma un Español tendido, cuan largo era, sobre una parrilla de hierro enrojecido, y que a guisa de lecho le servía en el jamás como se debe admirado tormento de Lorenzo, se oyó la frase más bella del martirio humano.

Con tranquilo y alegre continente vuelto a su verdugo dícele: "de este lado ya estoy en sazón; manda, si te place, que me tuesten del otro".

Fué menester el transcurso de 13 siglos para que frase igual se oyese, en idénticas circunstancias, de labios de varón.

En 1522 en Méjico cuando Hernán Cortés condenó a Guatimozín, último Emperador azteca, a la muerte de carbones encendidos porque confesar no quería el sitio de sus tesoros reales, dicen las crónicas de la conquista, que volviéndose a su Ministro que sufría tormento igual, y le hablaba de descubrir

el secreto, con entereza le contestó: "¿por fortuna estoy en un lecho de rosas?".

El diácono Lorenzo cuando hubo de saber que el Papa Sixto, anciano venerable, se estaba en la prisión Mamertina corrió desalado a él, y le ofreció, puesto que así le venía en voluntad, seguir tras él una por una su ruta de martirio.

Vé, le dijo el Santo Padre, y entre los pobres distribuye los tesoros de que tú conoces.

Enardecido en la gloria de su próximo triunfo partióse al punto, y en volandas fué a cumplir su cometido.

Luego que hubo regresado de adonde le envió el Pontífice, quedó en prisiones por denuncias que hicieron de él al Emperador Valeriano, creyéndole dueño de inmensos tesoros.

Obligado a hacer entrega de éstos, compareció otro día a presencia del César, y puesto al frente de míseros cristianos dijo de cómo esa astrosa muchedumbre, eran los tesoros de la consabida denuncia.

Si va a decir la verdad la respuesta aquella dada como de burlas, ofendió de modo tal al Emperador que al punto ordenó el martirio del diácono Lorenzo.

Todo cuanto conocido era de los verdugos en la industria suya de ellos, quedó cumplido con todas veras sobre el dislocado cuerpo del cristiano.

Y hubo de apelarse al menester de hierros y leños encendidos para dar fin y remate a El Emparrillado Lorenzo.

A mediados del siglo XVI, debido al triunfo que las armas españolas tuvieron de conseguir en los campos de San Quintín el 10 de Agosto, día de San Lorenzo, determinó Felipe II de llevar a cabo la construcción del coloso de piedra, que llamó Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

El ruinoso coliseo romano y el soberbio del Escorial, son dos monumentos, que más y mejor representan dos épocas, dos civilizaciones y dos razas de conquistadores.

La estatua de Lorenzo, de un solo bloque de granito, teniendo asido de su derecha mano el instrumento de su martirio, se destaca a la portada del Edificio.

El plano de éste, según refieren, tiene la forma de la inmortal parrilla.

JACULATORIA:

¡Ilustre Emparrillado, que con alegre continente dijiste a tus verdugos que bien podían, sobre el mismo hierro enrojecido, tornar el cuerpo de por el lado sin tostar!

¡Acude con tu fe a quien sediento de amor, de gloria y de verdad, y sintiendo los ardores de sus ansias cual si fuese lecho de brasas en rescoldo, de-

sespera en el esfuerzo, y teme desfallecer en la apretura en que se halla!

Y tú también, ¡valiente Guatimozín! ¡Postrero monarca del Imperio azteca, que de habitar tienes el Empíreo tal que San Lorenzo!

¡Consigue de los dioses en beneficio del que ha amado mucho, que la pasión de la mujer sea siempre lo que tú echaste de menos en tu martirio de brasas: un lecho de rosas encendidas! Amén.

Cúcuta, 1915.

XL

EL JESUITA

Fué contemporáneo de tres grandes reformadores religiosos: Martín Lutero, el monje agustino, que fundó el protestantismo en Alemania; Juan Calvino, en Francia y Suiza el calvinismo; y Enrique VIII, el anglicanismo en Inglaterra.

Por vías opuestas trajinaron el monje y el cortesano. El uno, abandonando a sus compañeros agustinos fué contra ellos y estableció una nueva religión; el otro, dejando la corte de Fernando el Católico, el ruido de las armas y el amor de las mujeres se hizo fundador de la Compañía de Jesús.

Nació de padres ilustres en Guipúzcoa, región de la Cantabria, adonde llegan las olas en tumulto a estrellarse contra el peñón, y donde los hombres son bravíos y turbulentos como el mar.

Su vida de disipación duró hasta la edad de 30 años.

No fué crapuloso como Agustino ni perseguidor religioso como Pablo, mas cortesano y mundano

sí; y pudo y supo por conservar su gentileza, soportar las más duras operaciones cuando la herida que recibió en el sitio de Pamplona, pretendía baldar su cuerpo.

Tal vez el espíritu inquieto de este atormentado quiso abrevar en la fuente de la gracia, mas la carne hablando más fuerte en él le retraía de nuevo al llamamiento del deleite.

En tanto que manos piadosas le hacían la cura de sus heridas en Loyola, pueblo de su nombre y abolengo, una visión le habló de una vida nueva cuya clave encontró en libros de santidad, leídos acaso para distraer sus ocios de convaleciente.

De aquí adelante trocóse el gentil cortesano en pordiosero de rústicos modales, como si humillando todo lo que había de noble en Ignacio de Loyola, fuese más acepto el holocausto ofrecido a su dios.

Y aquel cuerpo que era rebosante cornucopia para el placer de los sentidos, se vió en aquel punto de su conversión azotado, escarnecido, hasta convertirse en vaso de elección.

Partióse de donde encontró la fuente del milagro, dejando en exvoto de su mundana vida, y colgada en un pilar del templo, la espada del cortesano.

Y trocada fué por el saco del cilicio. Llegado adonde se encontró libre de importunos, comenzó en la cueva de Manresa su extremosa penitencia.

Allí tuvo de apelar al menester de los más de

los tormentos aun no imaginados para aplacar la carne insurrecta, que hambriento lobo exigía su alimento acostumbrado.

Creyóse abandonado del nuevo dios; halló de bronce el cielo y sordo a sus plegarias; y en medio de mortal angustia quiso morir.

Casi exánime le hallaron a la puerta de la gruta.

Tal la iniciación de Ignacio en la vida de la fe.

De la terrible prueba salió vencedor; y armado caballero de todas armas domadoras de la carne y los sentidos, comenzó su peregrinaje de mortificación y enseñanza.

Los cortesanos de aquel entonces ayunos de letras, apenas se ocupaban en hilvanar intrigas políticas y galantes.

Ignacio se propuso viajar mendigando porque la limosna atañe al propósito; en el camino estuvo a punto de morir como sospechoso de espía, y al llegar a Barcelona comenzó allí los primeros estudios.

Tenía para esta fecha 33 años. La de Agustín el día de su conversión.

En aquélla, por reformas severas que junto con el capellán del convento trataron de instaurar, fué molido a palos; y estuvo en un tris de perder la vida.

En Alcalá, adonde llegó a estudiar filosofía, hizo de una pecadora suya nueva Magdalena; esto le atrajo acusación de embrujador; y a poco la Inquisición oyó la voz elocuente de su virtud.

Pasó a Salamanca. Allí la intriga le hizo llevar, cargado de cadenas, a la cárcel pública.

Se defendió de las nuevas acusaciones presentando un su escrito sobre ejercicios espirituales. Libro inspirado en la fuente espiritual del arte místico, que cincela en cantera de pecadores mármoles de convertidos.

Siguió a París el año de 1528. En ésta se vió a Ignacio estudiando aún en bancas escolares.

En la Sorbonne, calumniadores de la misma laya le implicaron en enredos; y estuvo a pique de ser azotado nuevamente.

Allí conoció y trató al navarro Francisco Javier hijodalgo no sólo por la cuna, sino que también lo era por sus costumbres y por su elevada inteligencia.

A éste, a cinco de sus compatriotas y a tres Franceses comunicó su pensamiento: de formar asociación religiosa, más militante que contemplativa, para ir por el mundo convirtiendo pecadores.

Ignacio los llevó a la iglesia de Montmartre, y en la capilla subterránea hicieron voto, estos diez cruzados, de consagrarse al apostolado.

El sitio era propio al intento de la obra, consagrado que fué por el martirio de San Dionisio y compañeros. Hoy se yergue en él la basílica soberbia del *Sacré Coeur*.

Contaba El Jesuíta 43 años de edad.

Igual que los Apóstoles cuando inspirados en espíritu de fé se partieron de Jerusalén a anunciar a Judíos y Gentiles la *buena nueva;* tal hicieron, al descender de Montmartre, estos diez cruzados que se prometieron, con ánimo varonil, de extender por el mundo sus conquistas.

Amén de los votos de pobreza y castidad perpetuas, quedaron obligados a la enseñanza gratuíta del niño, a viajar a expensas de la caridad pública, y a luchar con los herejes bajo el pendón de Cristo y con el mote de la Compañía de Jesús.

Paulo III confirmó el instituto en religión; y recibió de Ignacio el voto solemne de ir cualquiera de ellos adonde fuese menester su nuevo ministerio.

A poco tiempo obreros de esta laya seguramente que tuvieron de hacerse sentir en su violento empuje de fe; y los pueblos de Europa, Asia, Africa y América fueron teatro y testigos de sus luchas y conquistas.

Desde entonces para acá, esta Compañía de suyo batalladora, no ha tenido como los antiguos combatientes y en espacio de siglos, ni más tregua que la lucha ni más descanso que el pelear.

Los Jesuítas en sus primeros días tuvieron tres poderosos enemigos: Lutero, Calvino y Enrique VIII. Todos triunfaron a su manera.

Esta clase de contendores no la han echado menos en la historia de su religión asaz combatida.

La lucha fecundó la simiente y multiplicó el obrero; a comienzo del siglo XIX contaba la Compañía 23.000 Jesuítas.

La actividad infatigable de Loyola en todo lo que atañe a la caridad cristiana, no quedó en zaga ni al cultivo de su inteligencia ni al cilicio de su cuerpo penitente.

Cuando llegó la hora nona de su vida ya estaba extendida por el mundo su falange de luchadores; y en diez y seis años de fundada su Compañía, los frutos cosechados fueron opimos.

Murió a los 65 años; 30 de ellos consagró al mundo y sus placeres, 35 a su dios y a la conquista de almas para el cielo.

Felipe Neri fué el panegirista en los funerales de Ignacio de Loyola.

JACULATORIA:

¡Ignacio el Guipuzcoano, que si estampado dejaste en tus aventuras galantes tu sello varonil de mundano y pecador, también y muy mejor quedóse en las cristianas del Jesuíta!

¡Deja caer de tu pendón de combatiente triunfal, semillas de mirtos y laureles! ¡Fecúndalas con tu aliento de mundano convertido, y haz que el suplicante termine sus cortos días sobre la tierra, bajo la sombra de esos plantíos! Amén.

XLI

EL DOCTOR ILUMINADO

En Palma de Mallorca, isla que unge el azul Mediterráneo con la espuma voluptuosa de sus olas, vino a la vida de estéril matrimonio Raimundo Lulio.

Apuesto galanteador en la corte de Jaime I de Aragón enturbió su alma, a semejanza de Ignacio de Loyola, en toda clase de deleites, y en carnalidades de hembras pecadoras se embriagó.

Joven aún casó con noble dama, mas no cambió por esto su vida disipada; tal que muy pronto se halló perdido de Amores de Ambrosia de Castello, genovesa que unía a su gentil talante su donosura de italiana hermosa.

Como ésta no le quisiese tan presto como él quererla quiso, dió de perseguirla a dondequiera que iba; un día el hecho asaz escandaloso corrió de boca en boca en la ciudad de Palma: Raimundo Lulio había entrado de a caballo por la puerta del templo de Santa Eulalia, en persecución de la hermosa genovesa hasta profanar con ella la morada del Señor.

Si va a decir la verdad el tenorio mallorquino, ebrio de pasión, rasgó con ímpetu violento al pie mismo del altar el peto y corpiño de Ambrosia; y cuando quiso cubrir la desnudez del seno con túnica de besos, seguramente que no fueron morbideces marmóreas lo que de ver tuvo, que fueron sí senos corroídos por lacras cancerosas.

El hecho, de suyo inusitado para el licencioso tenorio, le hizo cambiar de género de vida.

Empezó por aprender la lengua árabe con un su esclavo, quien comprendiendo ser el intento de su amo combatir los ritos del Corán le dió de puñaladas, dejándole por muerto. Curó pronto, perdonó al fanático musulmán, y como por entonces muriese su esposa repartió sus bienes, y vestido de penitencia se retiró al monte Randa.

Cuando descendió de éste, después de meses de ascetismo, y apercibido que estaba para la empresa suya, en noche de oración vió que la zarza florecida que embalsamaba su gruta de perfumes, tenía escritos en sus hojas caracteres latinos, árabes y griegos, prodigio que de suyo confirmaba el propósito concebido.

Combatir en lenguas diversas y en diferentes pueblos a los múltiples enemigos de la fe.

Antes de partirse de Mallorca quiso ver por última vez, no con ojos carnales sino con los del espíritu, a la sufriente genovesa. Fué adonde ella y

la encontró murada en su orgullo y dolor; porque humillada desde el día de la profanación de su pecho canceroso, y calumniada además por los que ignorantes de su mal y su desdén la tenían por mujer liviana, creyéndola amante de Raimundo Lulio.

Le habló de su resolución definitiva: combatir con su palabra lo que él creía errores de sectarios.

Y como le dijese haber visto en el cáncer de su seno el resplandor que a Pablo iluminó en el camino de Damasco, y le suplicase de hinojos el besar la lacra del milagro, la de Castello al fin se avino con el suplicante.

El cáncer iba en aumento; gusanos que nacían cada día devoraban a una el seno de la virgen.

El beso piadoso de Raimundo fué beso de viejo Taumaturgo, que cayendo en cauterio de carbones encendidos, purificó la cruenta herida y trocó los gusanos en reguero de diamantes.

Raimundo recogió de ellos y al punto se alejó de su última ilusión.

Ambrosia de Castello, triste que estaba con lo acaecido en ella, tuvo visión de que el beso del penitente, curando su dolencia, hacía brotar blanco lirio del fondo de su pecho.

Y como a poco de esto curó de su dolor con todas veras se consagró, rica y generosa que era, a socorrer necesidades y a cuidar de los enfermos de Palma.

Vestida de humildad recorría diariamente las calles de la ciudad en su industria de hermana.

Los años a los años sucedieron y en la capital mallorquina, Ambrosia de Castello, habiendo expiado la culpa que no tenía, recibió en recompensa de sus muchos beneficios el dulce nombre de "Hermana" que los Palmesanos le dieron desde entonces.

Cuando hubo de morir la "Hermana", sobre la tierra removida del sepulcro, que humedeció con lágrimas el agradecimiento humano, brotó, en estación invernal, no propicia para ello, hermosa flor de lis.

Los Palmesanos que fueron testigos por muchos días del prodigio en flor sobre la tumba de la mujer altruísta, agregaron al nombre de hermana el de la flor: y fué la hermana Lis, Sor Lis que dicen las crónicas piadosas.

En tanto que la leyenda nimbaba la frente de Sor Lis, Raimundo Lulio peleaba sus batallas por la fe.

En la Sorbonne, oye y escucha a Escoto; luego discute con este inglés que desde Oxford había venido a París, y era el verbo de la época.

En Córdova refuta en lengua árabe al comentador Averroes sus doctrinas, y fustiga, apóstol indignado, el sensualismo musulmán.

En Chipre, Palestina, Egipto azota con su palabra de Doctor Iluminado a los apóstatas y disidentes de su ortodoxia.

En Bona, luego que con argumentos de sólida ciencia confunde a cincuenta doctores árabes, el populacho le insulta, le apedrea y llega hasta poner candado en aquella boca de oro.

Estuvo a pique de perecer en varios naufragios; en Túnez azotado es, y en Bujía expulsado por loco y en seguida apedreado.

Túnica de piedra cubrió su cuerpo octogenario; por la noche piadosos mercaderes de Génova, descubriendo el cuerpo del anciano le hallaron con vida aún, y así ensangrentado que estaba en la sangre de sus roturas le transportaron a su galera.

Ya cerca de Mallorca murió divisando las costas de su patria.

Semejante a Pablo de Tarso libró batallas de fe con varonil denuedo, y en elocuencia de lenguas durante 45 años.

Su cadáver hizo entrada triunfal en su nativo pueblo.

Otro día, después de enterrado cerca del sepulcro de Sor Lis, amaneció zarza florecida sobre su tumba, y blanco lirio sobre la de aquélla.

Desde 1315, año en que murió Raimundo Lulio, florecen por primavera sobre la tumba de los dos amantes, que piedad y penitencia santificaron a una, níveo lis, emblema de heráldicos escudos y piedad cristiana; y rosada zarza, símbolo de martirio y penitencia .

JACULATORIA:

¡Ilustre Raimundo Lulio, que tuviste valor para romper el corpiño de la mujer ansiada al pie mismo del altar!

¡Infunde tu aliento de varón al pecho del suplicante, a fin de encontrar en los senos de otra Ambrosia de Castello el prodigio de conversión, que tiene de tener la vida pecaminosa de quien te impetra! Amén.

XLII

EL SILENCIARIO

En Nicópolis de Armenia nació el año 454, de padres ilustres Juan, el amante del silencio.

A los 18 años distribuyó entre los pobres su rico patrimonio y con diez compañeros, jóvenes como él, fundó un monasterio en las inmediaciones de su pueblo.

Cumplidos diez años de anacoreta, puesto que su virtud y austeridad de claustro habían hecho célebre su nombre, fué consagrado obispo de Colonia.

Su vida de penitencia, de recogimiento y de piedad, no fué menos ejemplar en la nueva dignidad que por espacio de diez años desempeñó; pero los disgustos que le proporcionó el Gobernador de Armenia en defensa de los intereses de su Diócesis le entristecieron de tal modo, que renunciando en secreto el obispado partióse a Jerusalén.

Oraba en ésta pidiendo a su dios le iluminase en qué convento debería sepultar para siempre el resto de sus días.

En visión de éxtasis una estrella le encaminó hasta el de la Laura, en los desiertos de Palestina, gobernada entonces por San Sabás.

Llegó Juan a él y se ofreció de simple criado. Los oficios más humildes eran solicitados por este atormentado de la expiación, que ansiaba verse en desprecio por todos, penitente pecador que era.

Admirado Sabás del profundo recogimiento y del silencio de Juan, le concedió una celda; allí vivió tres años sin hablar una palabra.

Fué luego hecho mayordomo y en este empleo siguió en cuanto pudo su vida de Silenciario.

En premio de su consagración trataron de elevarle al sacerdocio; se vió precisado a descubrirse. obispo que era de Colonia.

Después de esto le fué concedida por San Sabás una nueva celda; permaneciendo en ella cuatro años en completo mutismo. La contemplación de su dios le absorbía por entero sus noches y sus días.

Disensiones domésticas en el convento le obligaron a salir de él yendo al desierto de Ruba, donde permaneció nueve años viviendo de frutas y plantas silvestres.

Vuelta la calma a la Laura, regresó El Silenciario a su antigua celda; cuarenta años de continuo silencio cayeron sobre sus labios por lápida sepulcral.

Muerto San Sabás se vió en la necesidad de

ponerse al frente de los monjes, para defenderlos de una violenta persecución que había contra ellos.

La muerte le encontró en su último destino a la edad de 104 años, habiendo pasado 76 en los desiertos y cincuenta y seis de ellos en profundo silencio, en la sola contemplación de su dios.

La vida de Juan El Silenciario, vaso de elección, de mudez y santidad, es flor de holocausto, que en aras del sacrificio humano se inmola, en compensación de tantos millares de lenguas que, espadas maldicientes, destrozan la honra y el honor del prójimo. y llevan al banquete diario de la difamación los jirones ensangrentados de sus víctimas.

Estos cincuenta y seis años de absoluto silencio del Nicopolitano son de un precio tan elevado, que en la cancelación de cuentas de la humanidad, esencialmente falaz y murmuradora, sirven de contrapeso a una parte de la enorme montaña que los viles, con sus falsos testimonios, hacen gravitar sobre el dorso de los calumniados.

La imagen del Silenciario debería estar presente en cada hogar, con el índice sobre la juntura de sus labios, concretando así la muda expresión de cincuenta y seis años de silencio; a fin de que la tarea contumaz de los murmuradores tuviese siquiera, en la urdimbre de sus contumelias de deshonor, el reproche de San Juan el amante del silencio.

JACULATORIA:

¡Severo Silenciario! ¡Hermano mayor en la mudez! ¡Asiste con la fuerza que tiene el pensamiento en los hombres que aman el silencio, a este pecador en sus continuas prevaricaciones a causa talvez de la palabra!

¡Pon sobre sus labios el formidable sello de tu mudez! ¡Haz que su lengua no se mueva a censuras de liviandades, y responda con el silencio al vituperio y la calumnia!

¡Infunde en el alma del suplicante esa virtud de su buen padre, que tanto amó el silencio!

¡Tú bien sabes, puesto que hoy se encuentra al lado tuyo, que sus labios durante los setenta años de su vida mortal, no se movieron a censuras ni a murmuraciones de los hombres!

¡Y sabes también que a toda ofensa de éstos, se envolvió en el silencio fecundo que produce el fruto generoso del perdón!

Por eso, ¡Ilustre Silenciario, infunde en el suplicante el alma de su buen padre que acaba de partir, y fué toda ella de silencio y de perdón! Amén.

Independencia del Táchira, Agosto de 1918.

XLIII

EUFROSINA

A cincuenta kilómetros al sur de Florencia, en una comarca deliciosa de Toscana se encuentra Siena, la ciudad de las tres colinas, que ocupa en el renacimiento del arte italiano el cuarto lugar después de Roma, Florencia y Venecia.

Catalina de Siena nació en ésta en 1347 y comenzó desde los ocho años su vida de contemplaciones místicas; en tan tierna edad hizo voto de perpetua castidad, viniendo la oración, el cilicio y la abstinencia a confirmar su vocación.

La constante comunicación que de allí adelante tuvo con el divino esposo, la abrasó en incendios de amor y en extáticos coloquios hasta que terminó su vida mortal.

Sus padres por contrariar su vocación, la sometieron a los trabajos serviles de la casa, pero Jesús la consoló diciéndole: haz de tu corazón una celda que yo moraré en ella, y desde allí seré tu compañero fiel en el tráfago de tus labores de sierva.

Llegó a tal extremo el continuo coloquio con su dios, que en éxtasis divino pasaba la mayor parte de las horas; y casi convirtió en esencia espiritual el vaso corporal que la envolvía.

Su vida ejemplar no sólo fué para el milagro, sino que ella en sí fué un milagro vivo: en sus últimos años bastóle una hora de sueño; y semanas enteras pasó con el solo alimento eucarístico.

Esta flor de santidad también tuvo sus luchas con la carne: pensamientos torpes y libidinosos flagelaron sus sentidos pero domadora de éstos, salió vencedora de los deseos mundanos.

Dejó la celda de sus éxtasis y revelaciones para ejercer la caridad pública. Había en aquel tiempo en las calles de Siena entre otras varias mujeres de mala vida, tres grandes pecadoras: Teca, Andrea y Palmerina, las cuales purgaban el escándalo de sus vicios con el azote de sus cuerpos ulcerados.

Catalina las recogió y con el ungüento que en apósitos colocaba la blancura de sus manos y con la unción de sus palabras, trataba de curar la podredumbre de sus almas y sus carnes.

Pero encanalladas con la vida licenciosa y endurecidas por la misma vida, devolvían injurias y calumnias en pago del beneficio.

Estas últimas se hicieron tan públicas que pretendieron manchar la veste inmaculada de la Santa.

Y un día a tiempo de hacer la cura en la podre-

dumbre de una de ellas, como sintiera cierta repugnancia al hacerla, a causa quizá de la calumnia, sofocó generosamente la repulsión instintiva aplicando sus labios a la llaga cancerosa.

La sorpresa de la mala mujer fué tal, que cayó a sus pies demandando perdón por la infamia cometida y clamando en público la santidad de Catalina.

Cuenta el guardián cuando se visita la casa de ésta en Siena, situada en el ángulo formado por las vías Galluza y Benincosa, nombre este último de su padre el tintorero, la leyenda de la rosa llamada *Catalina* en la región sienesa. (1).

Luego que la Santa hubo aplicado la dulzura de sus labios en los sanguinolentos de la pústula, como acariciase con ellos las blancas rosas que mano infantil le ofrendara, trocáronse al momento los albos pétalos en color *mordoré*, a causa de la humedad rojo-morada que destilaba la esponja de su boca.

De ahí la color roja con manchas moradas que tienen los pétalos de la rosa *Catalina*, en testimonio del acto meritorio de la Sienesa incomparable.

Y cuentan también que la úlcera curó en seguida, pues el beso del perdón fué cauterio de cura milagrosa.

Cuadros y frescos de Ventura Salimbeni, de

(1) *En Colombia se llama Papabundia.*

Giunta Pisano y de Peruzzi ornan las diferentes piezas de la casa, convertidas hoy en oratorios, con asuntos de su vida y el recuento de sus milagros.

Uno de ellos, el de Pisano, bastante sugestivo, representa a Catalina en Pisa recibiendo los estigmas de la pasión, que un Cristo velado y a través de misteriosa transfusión, deja impresos en los miembros de su dulce esposa.

A su vida de éxtasis, de revelaciones y de piedad, agregó también la intervención en asuntos de interés general.

Excomulgados los Florentinos por el Papa Gregorio XI, su mediación de diputada de éstos trajo la paz de las conciencias.

Encontrándose en Avignon este Pontífice a causa del cisma de la Iglesia, logró Catalina, célebre por sus revelaciones, que trasladara su silla a Roma, después de setenta años de ausencia.

Al advenimiento de Urbano VI, sucesor de Gregorio, nuevo cisma hirió la cristiandad. La palabra autorizada y varonil de la Santa, fué eficaz en el reconocimiento de Urbano por legítimo heredero de San Pedro.

La muerte la encontró en Roma a la edad de treinta y tres años, habiendo pasado veinticinco en la oración, en momentos en que partía para Nápoles y Sicilia ante la reina de estos pueblos en representación de Urbano VI.

El prestigio genial de gracia y dulzura encantadoras que daba a todos sus actos, tanto públicos como privados, le valió de contemporáneos el bello nombre de Eufrosina, con que los antiguos designaron a una de las tres gracias.

Y es que Catalina a la belleza moral unía la belleza de su cuerpo.

JACULATORIA:

¡Oh hermana en el éxtasis! ¡Eufrosina de amor y de piedad, que tuviste por labios brasas encendidas en amor divino, con el raro privilegio de convertir a su contacto la podredumbre del pecado en rosas de perdón; y de hacer que la calumnia, con que la ingratitud recompensó tu consagración y sacrificios, cayera a tus plantas avergonzada y deshecha en lágrimas de arrepentimiento!

¡Concede a los labios de la amada la virtud de los divinos tuyos, a fin de que al dejarlos caer sobre la frente y labios de quien te implora, convierta sus lacras de pecaminosa juventud en plantío de rosas místicas; y si alguna vez sus labios se mancharon siquiera con la sombra de leve ofensa a la mujer, queden purificados para siempre de tamaña iniquidad! Amén.

Cúcuta, 1915.

XLIV

EL ALEJANDRINO

En la riente ciudad de Alejandría, a principios del siglo IV platicaban con frecuencia en su bullicioso muelle, Pafnucio, joven filósofo y mundano en quien despuntaba ya el místico de las Tebaidas, y Thaís, botón de Rosa de Alejandría que a pesar de su núbil castidad, mostraba en sus donaires unas sombras y lejos de cortesana.

Pafnucio amó a su pequeña amiga, no como hombre de pasión sino como un Estagirita a través de retóricas y cuentos de lirismo; mas ella sedienta de sensuales goces y defraudada en sus anhelos de mujer, se alejó para siempre del platonismo de su novio.

El filósofo, cansado del mundo trajinó vías de santidad en las Tebaidas, adonde se retiró en traje monjil a hacer vida de penitencia. Por derrota opuesta siguió Thaís. Llamada por el mundo fuertemente fué a él, y en brazos del pecado surcó el revuelto mar de las pasiones.

En pocos años su belleza, talento y complacencia de cortesana, pasando de mano en mano con rumor de escándalo y con prestigio de carnal deleite, llenaron la ciudad de Alejandría.

El alma de Thaís vibró no sólo con el placer en lecho perfumado, sí que también con la sensación del lucro; y cuando quiso recoger aplausos de escena subió a los teatros alejandrinos y representó tragedias de los antiguos.

La de Magdalo y la Egipciaca se dieron por amor de artistas; Thaís se entregó por el placer y por la paga.

De ahí que su vida de cortesana escandalosa que fué, tuvo además asomos de codicia con ribetes de comedianta.

Pafnucio desde el fondo de su celda tenía una punta del hilo misterioso que le conducía al laberinto mundano, donde Thaís enredaba y desenredaba en su cuerpo pecador la madeja del hilo de sus días.

Atormentado que estaba con el rumor escandaloso de Thaís, su última amiga cuando en el mundo era, determinó, armado de cilicio y oración, de salir en busca de la extraviada cortesana.

Puesto una por una en Alejandría usó de vestidos adecuados para su intento; fué al teatro y se convenció de cómo era verdad ser Thaís el ídolo del pueblo cortesano.

Siguióla a su morada donde oficiaba de reina del

placer, y allí, se hace anunciar por mundano y rico mercader.

Una vez en presencia de aquella hermosura hecha carne de liviandad, deja caer sus ricas vestiduras quedando en tosco sayal de penitencia.

La sorpresa de la pecadora y la palabra persuasiva del asceta, hirieron de tal modo su imaginación que al punto dió cabida en su ánimo al retiro de expiación que le indicaba el indignado monje.

Corre semejante a una posesa, despide a sus criados, reparte entre los pobres sus riquezas, en pira de incendio consume los vestidos del pecado, y en hábito de pobreza sigue al cenobita a través de las arenas del desierto.

Como las marchas eran largas, y ensangrentados que iban los delicados pies de la cortesana, tuvo Pafnucio de acudir a la industria de llevar sobre sus hombros el cuerpo de la nueva hermana.

Sobre las roturas de sus plantas que brotaban sangre y gemían dolor, ponía el asceta para estancar la una y calmar el otro, en las horas que descansaban de la fatiga del camino, sus manos y sus labios que él creía eran carbones encendidos en amor del Nazareno.

A cabo de penosas marchas llegaron por fin a la Tebaida, y en convento de mujeres dejó Pafnucio a la penitente. Encerrada en celda puso sobre la puer-

ta sello de plomo, indicando con esto el aislamiento de sus hermanas de claustro.

Pan y agua eran los solos alimentos que podían llevarle por una ventanilla que dejaron abierta.

Una vez cumplida la piadosa empresa regresó Pafnucio a su convento.

Allí vinieron a una todas las visiones carnales que azotar pueden los sentidos de un hombre casto, y tomaron posesión del monje.

Este acudió a la medicina del ayuno, cilicio y oración.

Flageló su cuerpo hasta desangrarle, ayunó y oró mucho; pero cuanto más aumentaba el rigor de la tortura, tanto mayor aún era la violencia de sus visiones tentadoras.

Sus noches eran presas de febril insomnio: Thaís se acercaba a su lecho con caricias de hermana que cuidaba de su mal, luego, luego era la cortesana de Alejandría, que en desnudo de pecado, y cubierta sólo con túnica de carnalidades le invitaba al placer.

Pafnucio sentía entre sus brazos el cuerpo desnudo de la pecadora que él había cargado en los desiertos, y que se envolvía al suyo cual llama al tronco que calcina.

En la desesperanza de acallar la tentación acudió al martirio de la columna. La fama del nuevo Estilita atrajo al pie de ésta a las multitudes comarcanas.

Y vióse a San Pafnucio, por espacio de muchos días con sus noches, como se miran hoy agujas coronando torres góticas, que hablaba a sus múltiples oyentes en lenguas de santidad.

A medida que ésta acrecía, acrecían también las visiones del penitente en columna. Angustiado de su mal corrió adonde estaba el grande Antonio, mas éste, que leía la impureza de su alma en tentación le alejó de sí.

Comprendiendo ser inútil cuanto hacía de martirio para sofocar la carne, determinó de ir al monasterio de Thaís.

Partióse al punto; una vez en él supo de cómo la cortesana penitente en ese mismo instante se moría en brazos de su dios.

Fué a su lecho, y apenas llegó a punto de asistir al final de una vida de expiación.

Una vez muerta la causa de sus torturas, éstas dejaron de azotarle, y su vida terminó en los desiertos en olor de santidad.

JACULATORIA:

¡Ilustre Alejandrino! ¡Que harto supiste de la tentación de la carne cuando llevaste sobre tus hombros, y por los desiertos del Nilo a Thaís la cortesana!

¡Asiste a quien la carne tienta, y sucumbe como tú, a pesar de tu cilicio de Estilita!

¡No le abandones en la flaqueza de sus caídas; que con tu aliento de hombre atormentado, logrará vencer las gratas tentaciones de la carne tentadora! Amén.

XLV

EL ESTILITA MENOR

Este nuevo Simeón de Antioquía siguió las huellas del Siriaco, llegando a superar lo que humanamente parecía insuperable.

Comenzó desde niño su vida temperante hasta llegar siendo adulto, casi a una completa abstinencia.

A los doce años llegó al monasterio del Taumastoro, monte admirable, y hecho monje admiró a todos con su género de vida.

A su mismo maestro Juan de Estilita dejó atrás en su vida de columna.

Logró en poco tiempo reducirse a una comida cada ocho días.

Pidió mucho a su dios le librase de las necesidades groseras de comer y beber, y casi fué escuchado.

De esta legión de abstinentes ninguno llegó adonde el Estilita menor.

En alta y estrecha columna, en la que sólo po-

día estar de rodillas, permaneció sesenta y tres mortales años en pleno éxtasis, y todo él una úlcera a causa del cilicio.

Interrumpíale para hablar en palabras encendidas a la muchedumbre que ansiosa de escucharle, hacía guardia día y noche al pie de la columna; o para escribir cartas que decidían en asuntos de fe en las mesas de Reyes, Emperadores y Concilios. Semejaba columna de humano mármol en prolongación de la de piedra.

Hoy miran los navegantes en noches de tormenta con alegría, la luz intermitente y varia de color de los potentes faros, que anuncian la costa hospitalaria.

Tal fué para el cristianismo durante sesenta y tres años, y al pie del Monte Admirable el Estilita menor.

Clavado arriba en la columna como un faro dió luz y siempre luz: unas veces roja, sus homilías a los creyentes, y sus réplicas contra sectarios; otras amarilla, rayo de luz para el milagro; y otras azul, el fuego sutil de la oración.

La luz de aquéllos cuando alumbra la tempestad parece más intensa, a causa de la densa obscuridad que los envuelve; en Simeón sucedía cosa igual, en la lucha con sus pasiones, cuyo fermento salía no de la carne sino de la medula de sus huesos, la luz de sus doctrinas adquiría mayor intensidad.

En los años que permaneció izado en el mástil de su columna, rojo gallardete de combate consigo mismo, no fué ni un momento arriada la bandera de su asta.

Ni cuando murió; lo hizo en pleno invierno, y la nieve que cubrió el cadáver, armazón de huesos y pellejos, le sostuvo hincado de rodillas durante muchos días hasta que aquélla se fundió.

Los hombres tuvieron a Simeón durante más de medio siglo y al pie del Taumastoro, por rojo incensario de sacrificio que en eminencia de columna, fué lentamente consumiendo sus carnes en holocausto de santidad.

Los carbones del incensario se apagaron pero el humo, aceptó a la divinidad, continúa aún en su ascensión por sobre la cumbre del Taumastoro.

Así terminó sus días el Estilita menor, y fueron setenta y cinco los años de su vida.

Pero el recuerdo de estos 63 de viva penitencia sin casi necesidades corporales, y dando sólo palabras y pensamientos, quedó clavado en la cima de los martirios humanos cual faro luminoso que señala a los náufragos del mundo, costas de una patria hospitalaria.

JACULATORIA:

¡Valiente Simeón el de Antioquía! ¡Constructor que fuiste de una cumbre desde la cual con-

templaste bellezas de paisajes infinitos; y adonde hoy se dirigen los siglos para ver tu severo perfil de Estilita!

¡Alienta al constructor no de una cumbre, sino de fácil vía para trepar a ella, y poder admirar desde su altura los panoramas del mar, del valle y la colina!

¡Infunde tu aliento, y que a manera de entusiasmo anime, a quien lleve a cabo la construcción de un funicular que conduzca a la Silla del Avila al viajero, desde donde gozar pueda del paisaje que ante su vista se despliega!

¡Tú, que pasaste la vida toda trepado en las divinas cumbres, comprenderás la belleza que hay para los hombres en subir a las humanas, aunque éstas sean de rocas y montañas! Amén.

INDICE

	Págs.
Prólogo	III
Ofrenda	VII
I—El Estilita	1
II—La Angélica	5
III—El Hospitalario	9
IV—La Limeña	13
V—LA Palermitana	17
VI—EL Solitario	21
VII—El Mantuano	25
VIII—La Pecadora	31
IX—El Grande	37
X—La Egipciaca	41
XI—El de la Calzada	45
XII—La Heroína	49
XIII—El Paduano	55
XIV—La Clarisa	59
XV—El Protector	63
XVI—El Nacianceno	69
XVII—La Artista	75
XVIII—El Arquitecto	79
XIX—El Florentino	83
XX—La Siracusana	87
XXI—El Cenobiarca	91
XXII—La Húngara	95
XXIII—El Extático	99

Págs.

XXIV—La Sierva. 103
XXV—El Bíblico. 107
XXVI—El Calabrés. 113
XXVII—La Desolada. 117
XXVIII—El Mortificado. 121
XXIX—La Africana. 125
XXX—El Jugador. 129
XXXI—La Lusitana. 133
XXXII—El Convertido. 137
XXXIII—El Predicador. 141
XXXIV—La Paralítica. 145
XXXV—El León Alado. 149
XXXVI—El Desollado. 153
XXXVII—La Portuguesa. 157
XXXVIII—El Simple. 161
XXXIX—El Emparrillado. 165
XL—El Jesuíta. 169
XLI—El Doctor Iluminado. 175
XLII—El Silenciario. 181
XLIII—Eufrosina. 185
XLIV—El Alejandrino. 191
XLV—El Estilita Menor. 197